

Literatura

R. 3351

JULIO TOVAR

HOMBRE SOLO

PRÓLOGO
DE
JOSÉ DOMINGO

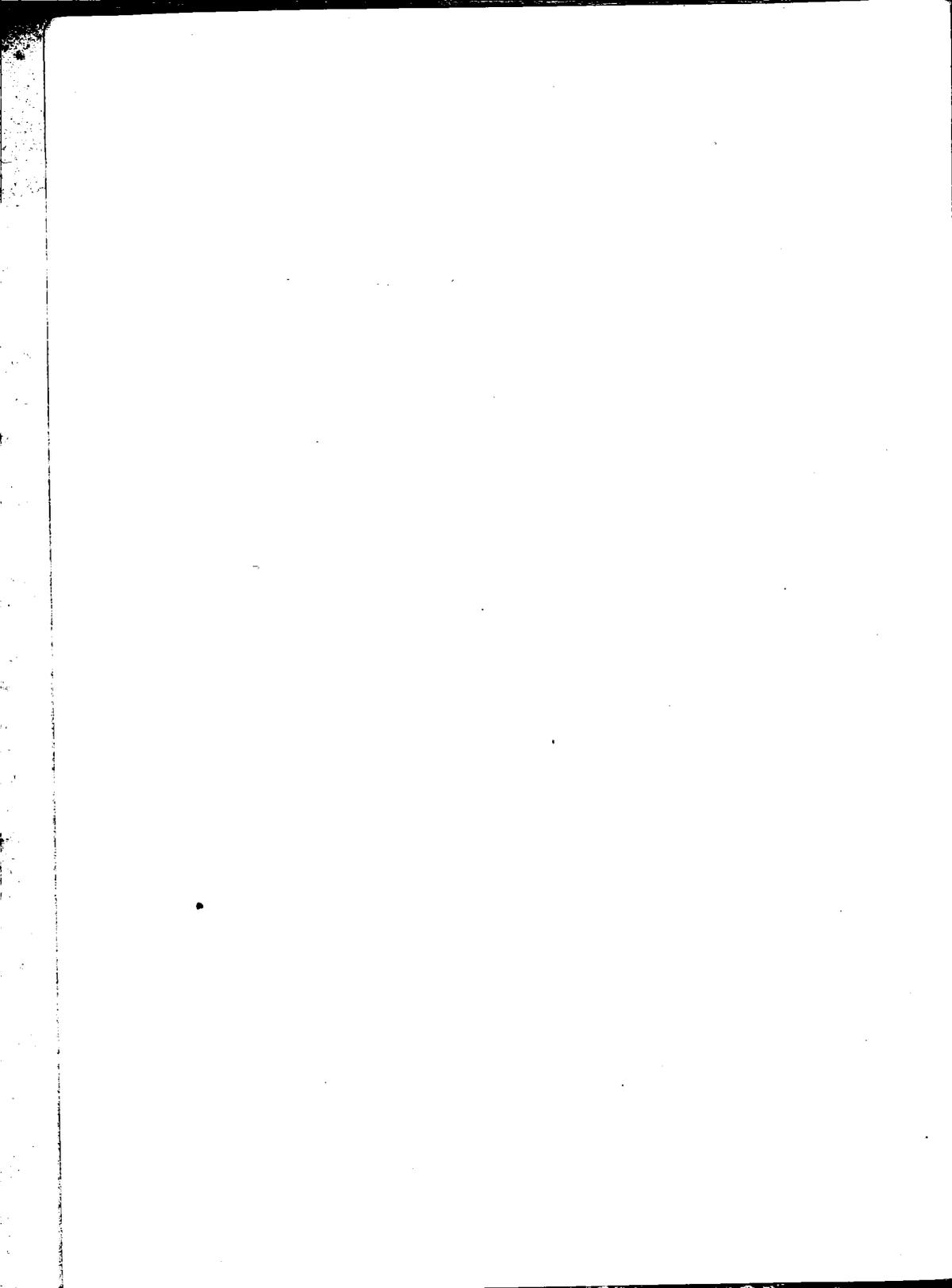
R. 172442



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

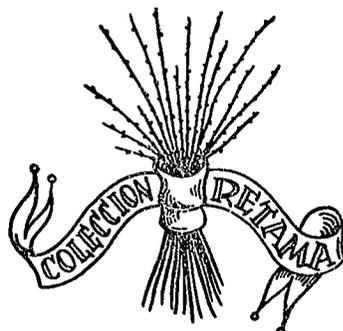
1962

6603403418



HOMBRE SOLO

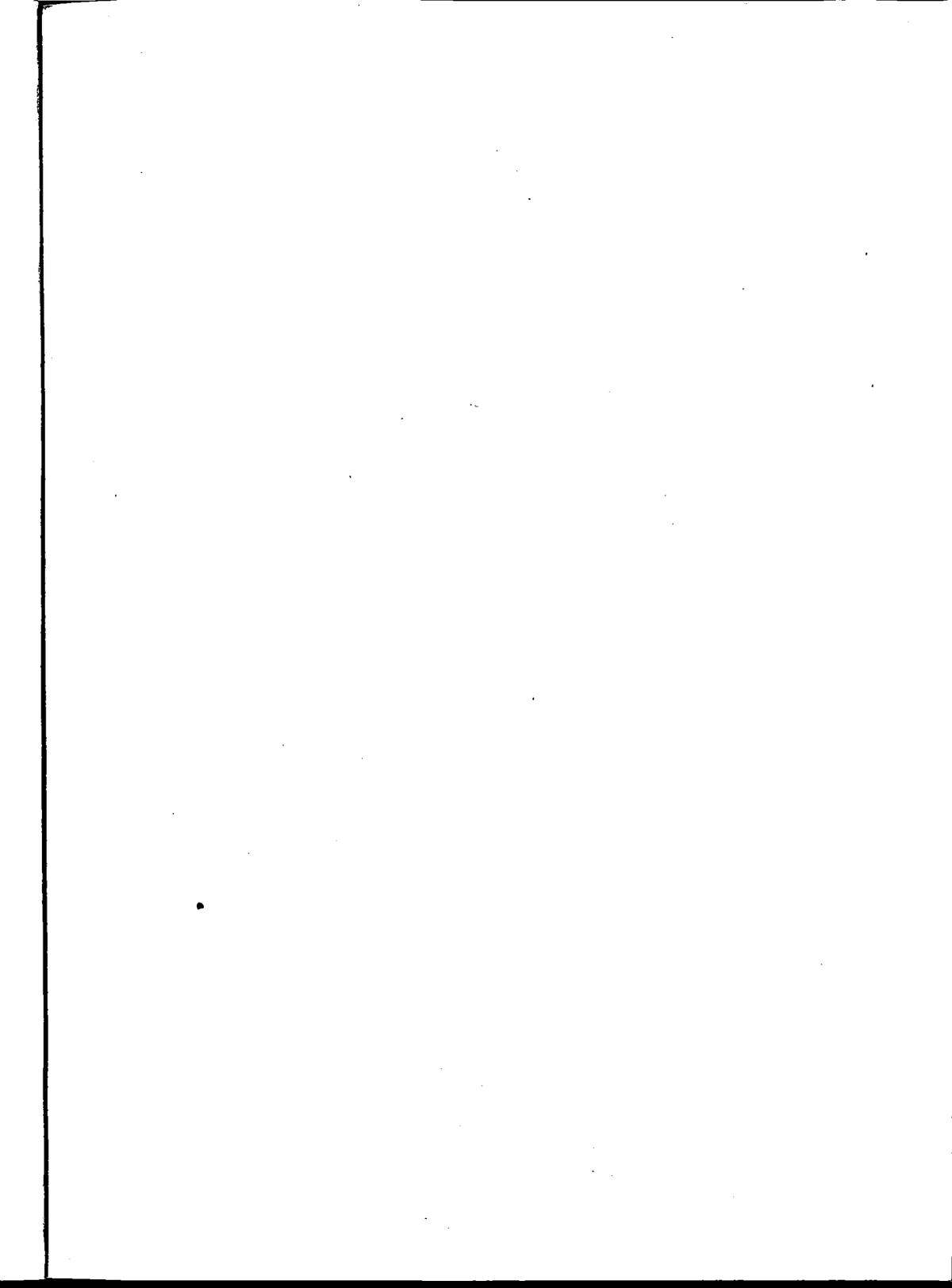
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la Universidad de La Laguna

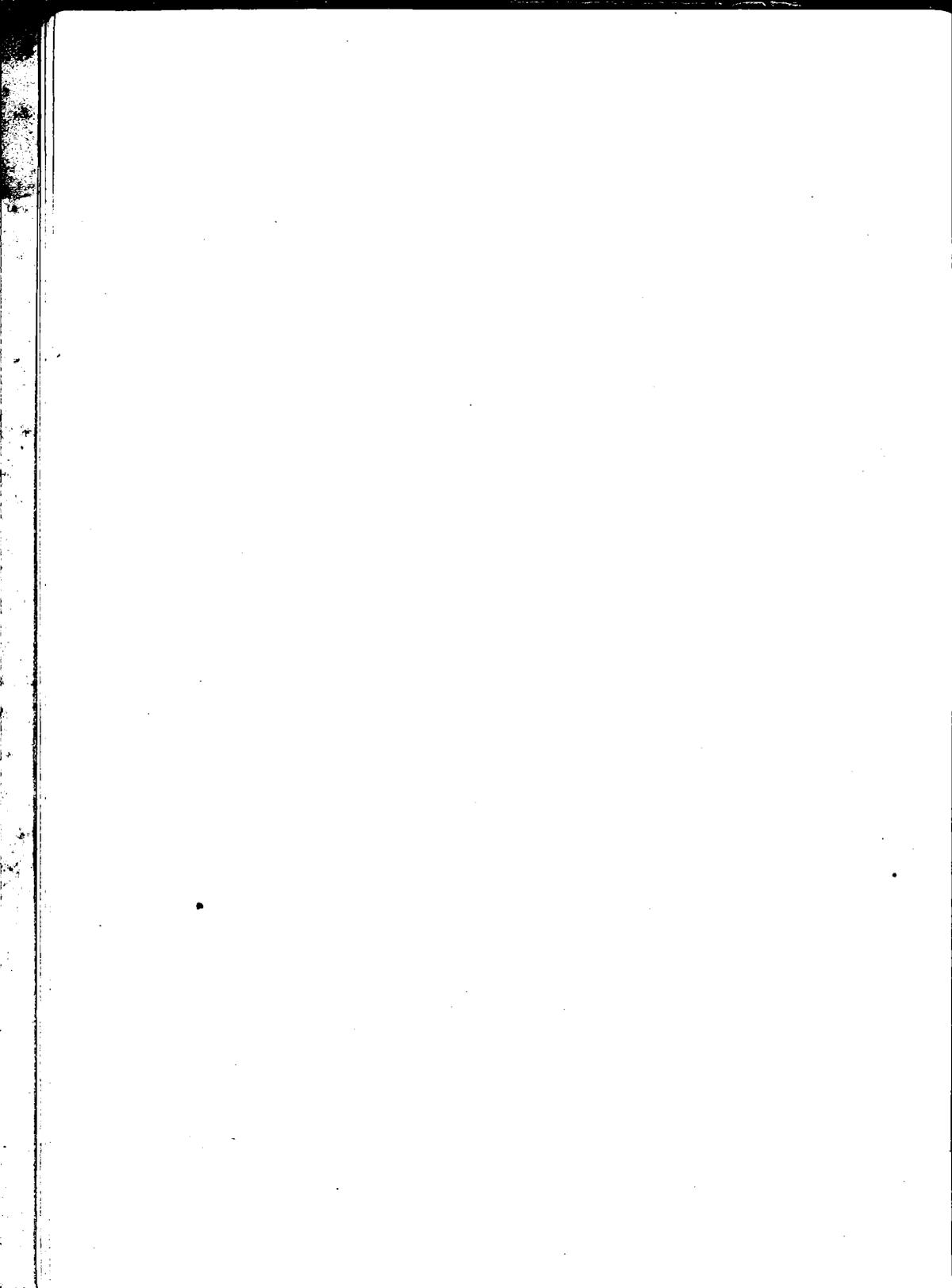


Depósito Legal TF. n.º 16 - 1962

Colección RETAMA - IV

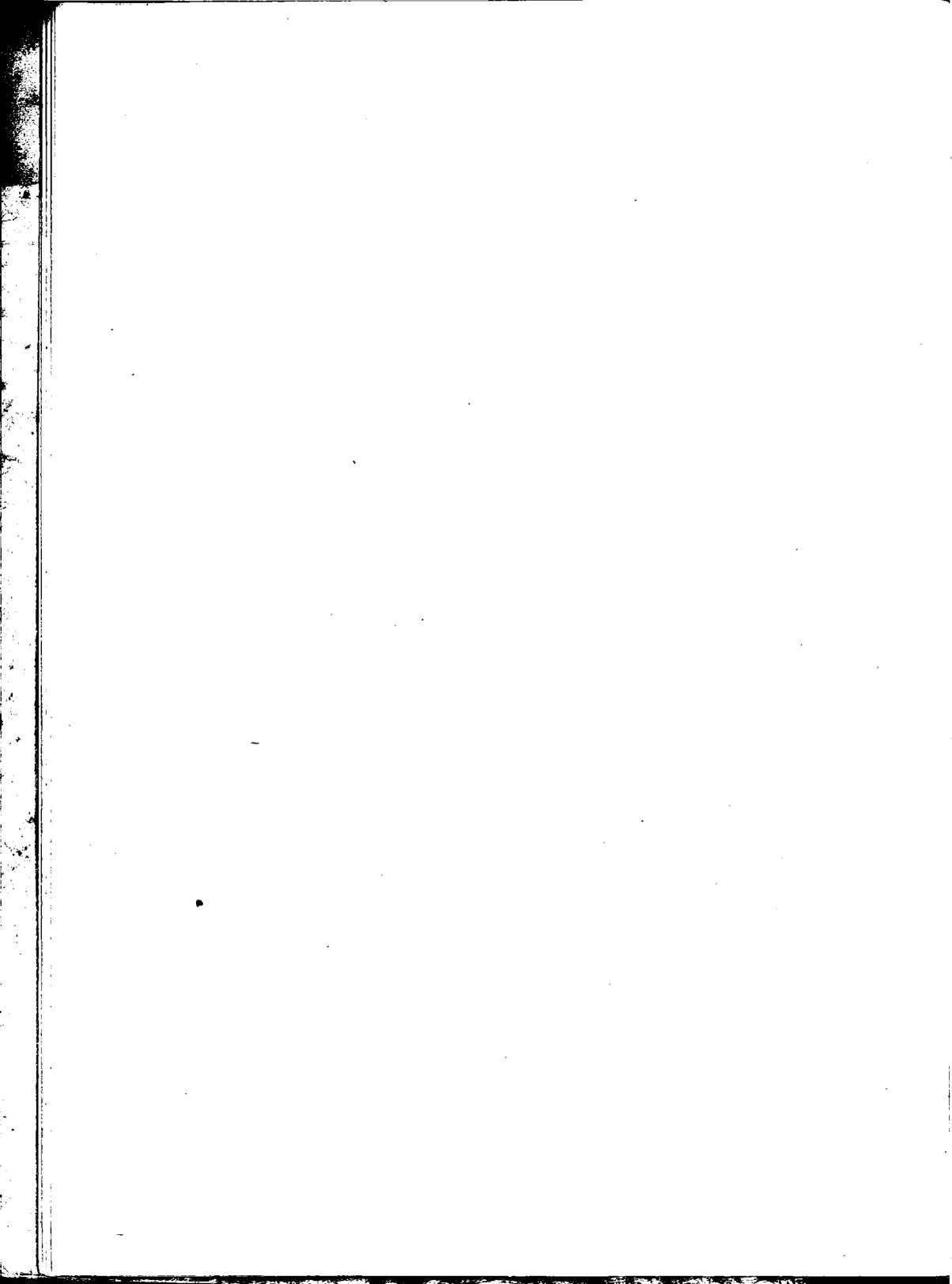
PORTADA Y DIBUJOS DE PEDRO GONZÁLEZ





PROLOGO





UNA «GENERACION PERDIDA»

La personalidad literaria de Julio Tovar, que el Instituto de Estudios Canarios se dispone a reconocer ahora, muy justamente, con la publicación de este libro, no podía ser, naturalmente, un caso aislado. Antes de abordar el conocimiento de su obra, sería conveniente esbozar brevemente el perfil de la generación a la que pertenece. De «generación perdida» ha sido calificada esta generación brotada de los rescoldos de la guerra civil española que, sin hacer la guerra, como las que la habían precedido, pero implicada en ella su adolescencia, tuvo que pechar con los problemas que la nueva situación planteaba. Los que no lucharon, jóvenes de menos de veinte años en 1939, en un esfuerzo por descubrirse a sí mismos una razón de vida, por cimentarse un camino que a otros, en la victoria como en la derrota, se les abría o cerraba inconfundible, han tenido que seguir un duro proceso para orientarse. Sus esfuerzos han sido incomprendidos por muchos, despreciados o minusvaliados por otros.

Esta generación, autodidacta e insumisa, ha ido mostrando en toda España signos inequívocos de una madurez que hoy ofrece frutos que comienzan a trascender los límites de nuestro país y están siendo muy calurosamente acogidos por otras naciones europeas.

Concretándonos a Tenerife, también es posible en estos momentos el estudio de un balance positivo. Poetas, novelistas, críticos, exhiben un índice creativo que puede ser comparado sin desdoro con el de anteriores generaciones isleñas. El propio Julio Tovar nos ha hablado algunas veces de los primeros esfuerzos generacionales y de su plasmación en revistas juveniles de corta vida y alcance y en primerizos libros. Como todas las generaciones, cuenta con «pioneros» esforzados, algunos de los cuales no pudieron cuajar sus esfuerzos en logros más sólidos por causa de fatales circunstancias. Tal es el caso, por ejemplo, de Juan Horacio y Víctor Galtier, de Julián Herráiz, creador este último, no obstante, de una breve obra poética de singular belleza. De los que han llegado a nuestros días con una obra positiva cara a la madurez, destaquemos, aparte de Julio Tovar, de cuya obra hablaremos luego, a poetas como Rafael Aroza-

rena, de voz original y ambiciosa, Manuel Castañeda González, de amplio aliento poético que vertió su resonancia clásica en moldes modernos, y Carlos Pinto Grote, creador muy fecundo que trasunta en su poesía, íntima y fervorosa, muy remotas influencias. Narradores como Isaac de Vega, Antonio Bermejo y el propio Tovar. Creadores que han mezclado en su obra la dedicación a lo plástico y a lo literario, como Enrique Lite — pintor, poeta y crítico de arte — y Alfredo Reyes Darías, o que han alternado prosa y poesía, cual Francisco Pimentel, y a los que sólo falta poner su empeño en obras de mayor trascendencia.

Si comparamos esta generación con sus precedentes tinerfeñas, apreciaremos fácilmente que—salvando algún caso aislado de resonancia nacional— su nivel de creación no debe ser considerado en modo alguno inferior. Si acaso, deberemos anotar en su haber una mayor raigambre hispánica y una apertura menor a las corrientes universales de la que mostraron anteriores generaciones. Partiendo de la base de que sus esfuerzos de incorporación a la temática y al modo de hacer de la literatura española han tropezado con las máximas dificultades y trabas de diversa índole, muy bien podría afirmarse que tal incorporación está siendo lograda muy satisfactoriamente. Aun conservando ciertas características de insularidad, lo que habrá de ser considerado al cabo como una personal cualidad positiva, los escritores de esta generación pueden ser colocados sin demérito dentro de las corrientes españolas más actuales de su género. Su mayor rémora, sin duda, ha sido y sigue siéndolo el que la parvedad de su escenario vital y el nulo horizonte económico que para lo literario se abre en la isla, les haya obligado, en la mayor parte de los casos, a cultivar la literatura como un mero «dilettantismo», privando a sus esfuerzos creadores de la necesaria dedicación en tiempo y estudio. Pero ya sabemos que esto, por desgracia, y por diversas causas que no es del caso aducir, suele ser achaque corriente en la república literaria de nuestro país. Como también, que el cultivo de la poesía no precisa del tiempo y el trabajo metódico que la narrativa o la crítica actuales puedan exigir.

LA OBRA DE JULIO TOVAR

De esta generación, pues, emerge la personalidad de Julio Tovar, cuyos frutos pueden empezar ahora a ser contrastados merced a la reciente edición de su libro de narraciones *Crónica de una calle tranquila*, y a esta edición de *Hombre solo* que nos cabe el honor de presentar.

Hasta hace pocos meses, su obra narrativa aparecía desperdigada en la prensa tinerfeña y, muy especialmente, en la «Gaceta Semanal de las Artes», página semanal del diario tinerfeño «La Tarde», que viene reco-

giendo preferentemente, desde hace más de siete años, la labor creadora de la generación de que hemos hablado; publicación, por cierto, que dirige el propio Tovar desde hace más de tres años.

Su labor poética también ha ido expresándose en dicha página, a excepción de dos libritos juveniles: *Poesía olvidada*, romances sobre temas locales, y *Primavera en tu ausencia*, que reúne diecinueve composiciones, de ellas nueve sonetos, de temática erótica y personalidad aún no bien definida.

Si en *Crónica de una calle tranquila*, el Julio Tovar prosista se define con firmes caracteres como un narrador de fibra, cuya obra puede situarse entre la de los narradores españoles significativos de su generación, este nuevo libro de poemas, *Hombre solo*, lo afirma igualmente como a un poeta en plena madurez, con rasgos propios muy personales. Sólo de este último libro nos cabe hablar en esta ocasión.

«HOMBRE SOLO»

Sería presuntuoso por nuestra parte querer descubrir al lector el libro que tiene ahora en sus manos y cuya lectura podrá decirle mucho más, sin duda, que nuestras propias palabras. No obstante, nos gustaría destacar tan sólo algunos rasgos de su poesía y, en primer lugar, el de su originalidad dentro del cuadro de la poesía tinerfeña actual. La voz de Julio Tovar ha renunciado al mimetismo formal, tan fácil y tentador, y a toda clase de influencias, para definirse en su personal soledad y sobre ella afirmarse.

Estamos ante una poesía testimonial muy de su tiempo, y de sus problemas personales se alza hasta reflejar las preocupaciones humanas, humanísimas, de sus semejantes. Si su voz poética no se incorpora a lo que — más o menos justamente — se ha dado en llamar poesía social, sí que puede afirmarse de ella que se ha incorporado plenamente a ese realismo poético que vigoriza la obra vigente de los poetas españoles de nuestros días, y cuyas raíces hay que ir a buscar en Antonio Machado.

Poesía existencial también, si se quiere, porque en toda ella hay un estremecido inquirir, una interrogación constante, desazonada y hasta, si se me permite la expresión, desoladamente desesperanzada, sobre la vida y la muerte. Entiéndase bien que empleamos el concepto de existencialista en el sentido más lato, no en el de adscripción ideológica a determinada doctrina filosófica. En todo caso, un existencialismo aferrado siempre a una confesada fe cristiana.

El poeta ha dividido su libro en cinco partes :

- I. La Ciudad.
- II. El Amor.
- III. La Vida.
- IV. Dios, y
- V. Final.

Y con la materia de cada uno de estos subtítulos, ha hecho el poeta los ingredientes totales de su libro. Bien podría decirse que sería posible englobar la totalidad de su obra, sin despropósito ni arbitrariedad, bajo cualquiera de dichos títulos. Y sin extremar tanto las cosas, que la mayor parte de sus poemas podrían ser trasladados, sin desentonar, de una a otra parte.

El vehículo poético de Tovar, su verso irregular, libre siempre, con alternativa de metros, voluntariamente descuidado, sin temor alguno a las asonancias, es el más adecuado para su contenido, desbordado a menudo por la emoción, que trata de hacerse comedida, por los recuerdos y alusiones, por el mismo lenguaje coloquial, que es empleado con notable oportunidad. Un lenguaje eficaz, directo, sólido, voluntariamente despojado de metáforas, que dice lo que quiere sin preocupaciones formales que redundarían en perjuicio de la expresividad poética.

Los poemas agrupados en «La Ciudad» bien podrían ser considerados como una suerte de paráfrasis de las narraciones incluidas en su *Crónica de una calle tranquila*. «Una ciudad con los colores del hombre», con palabras de Paul Eluard que Tovar ha colocado voluntariamente ante sus versos. Una ciudad descrita con preferencia al través de su paisaje humano y en donde el poeta se sitúa a sí mismo idealizándose. Viejas calles de la infancia, también idealizadas ante su fuga inexorable en el devorador urbanismo. Calles perdidas, definitivamente ganadas en el recuerdo, afirmaríamos paradójicamente, en las que el recuerdo nostálgico alinea su desfile de transeúntes:

la vieja tostadora de castañas...
.....
el chico que vende los periódicos ...
.....
aquella niña, ya mujer,
que nació sin un brazo ...
.....
el niño solitario
que juega con su trompo.

Calle ante cuya tristeza el poeta se apena y, pensando en todos
• esos seres tristes, dispara su pregunta sin respuesta inmediata:

¿Señor, por qué me abandonaste?

Una mañana, el poeta sale de casa :

He salido a la calle.
Hoy, una mañana cualquiera, como tantas.
Pasa una muchacha y ríe:
«Buenos días». «Buenos días», repito
a una vecina que limpia los cristales.

Y así, con estos voluntarios prosaísmos, con este neorrealismo poético, sabrosamente coloquial, el poeta descubre de pronto que hoy es el día 21 de marzo, primer día de la primavera. Pero el poeta, por encima de la ilusión, «siente cansancio en el alma», y tristemente reconsidera todo lo que acaba de ver :

Ese reír de una muchacha
que vimos al pasar;
la vecina que limpia los cristales,
el chico que juega con su trompo,
los «buenos días» de tanta gente
y los árboles, acacias de la calle,
que ignorando jardines se han llenado de flores,
y el asfalto que brilla por la mano del agua,
y esos números negros:
21 de marzo.

Así, al final, sobre la tristeza, sobre el alma cansada, se afirma, tan sencilla, tan sobriamente, la realidad del súbito descubrimiento.

El poeta es recatado. El poeta cierra sus recuerdos amorosos de un velo de misterio. El poeta viste sus remembranzas amorosas «de luto». El poeta recuerda melancólicamente un viejo amor. A la presencia física, a los ojos, a la voz de la amada, han sucedido «las horas sin sentido — un sentimiento sin espera». La calle — ese gran escenario de sus poemas — está sola, obsesiva, trágica; en el aire ha quedado «el nuevo vacío de tu mano — en un adiós de siempre». La propia palabra del poeta vivía tan sólo, aprisionada, «más allá de mi voz o de mis sueños», en el ser amado.

No, el poeta no nos descubre la trama de su tragedia amorosa. Rotundo misterio de hombredad. Ni siquiera en el bello poema narrativo que comienza :

Has llegado ahora,
precisamente ahora que ya no te esperaba...

y en que el silencio de dos seres, su expresividad, cierra el paso a las palabras que en vano pugnan por decirse. Y el ser que llega, dice: «¡Hola!», tal vez friamente. Y el otro, que esperaba otras palabras, que aguardaba, impaciente, la total entrega del otro, dispuesto a su vez a entregarse, no reacciona. Y las palabras que se hubiesen querido decir, que no se han dicho, se recordarán luego, cuando ya no hay remedio, desde la zahonada soledad. Y desde ella, el poeta dice:

... he sentido, de pronto,
el frío de mi vida, el vacío de todo,
y me he visto cansado;
te he mirado a los ojos, me he perdido por ellos,
y he encontrado, otra vez,
junto a la tibieza honda de tu cuerpo,
mi soledad de hombre.

Así termina este patético poema de amor sin esperanza; un poema conmovedor, trágico y desolado, con su dramático contraste entre las palabras triviales y los silencios elocuentes.

Pudiera creerse por los poemas amorosos de Tovar que la amada ha sido para el poeta más un sueño que una realidad. ¿O estamos, quizás, ante la infatigable labor del tiempo al idealizar lo que ha destruido? Pues en *Primavera en tu ausencia*, obra primeriza, la amada se presentía bajo trazos más reales.

Llegamos a la parte más densa del libro, cuyos poemas, agrupados bajo el título de «Vida», se abren con unos versos de Antonio Machado, una de las más seguras influencias en la poesía de Tovar. Poemas preferentemente pesimistas, de donde surge la honda soledad del poeta, su definida condición de hombre.

El poeta se confiesa vencido de antemano, considera imposible todo renacimiento:

Y no habrá renacer. Es imposible el brote.
La madera está vieja, reseca por los años...

Y en lucha solitaria con su propia vida, y con la muerte, se debate entre la conciencia fatal de su fin y el punzante deseo de perennidad, de convertirse en piedra, vencedora del paso del tiempo, o, al menos, en árbol, insensible a la conciencia de su caducidad.

Este pesimismo, esta «angustia», con su propia expresión, dan vida a uno de los más hermosos poemas del libro, el que comienza: «Te engañaron, ¿recuerdas?», en el cual descubre el poeta, al través de la angustia y de la rabia acrecidas desde su infancia, esa ternura por las cosas ajenas — y por las propias — que el sentimiento de la muerte despierta en él. Porque,

sin saberlo, has descubierto todo,
tu mundo y tu miseria,
tu valor y tu miedo, tu condición de hombre.

Pero la angustia es combatida a veces por algunos recuerdos

felices. Pueden surgir éstos por cualquier sensación evocadora: la magdalena, en Proust; el perfume del jabón de afeitarse en nuestro caso. Y a la interrogación: «¿Fuiste feliz algún momento?», el poeta recuerda aquella lejana tarde de agosto en que leía unos juveniles versos de amor. El recuerdo es vencido por la inexorabilidad del trabajo diario. Y comienza la nueva jornada de trabajo. Es un día de octubre y el pensamiento vuela hacia un octubre en que se era feliz. Ahora le vence esta inquietud, esta inmovilidad de su vida presente. ¡Poder aspirar el aire y la lluvia de entonces, la adorable «tibieza femenina», ahora evocada! Pero, ¿a qué tratar de huir? Retorna la amargura. ¡Cómo «pesan las horas, los recuerdos»! Y mañana será como hoy... El poema acaba desoladamente:

... hoy es octubre, hace calor,
y morir es casi una esperanza.

¿A qué puede deberse que en este mar de tristeza y desesperanza surja, de pronto, el bulto claro y firme de una isla de vida? El contraste es tan brusco que casi nos induciría a buscar alguna influencia literaria como causa probable del mismo. Nos referimos al poema que comienza «Hay que pisar muy fuerte» y que es todo él un afirmador y vitalísimo canto, un himno al orgullo de vivir y a la necesidad de perdurar en nuevas vidas y obras.

Pero eso no era más que una excepción. En los últimos poemas de esta parte vuelve el poeta a su anterior temática. Hay uno, muy curioso, en que el poeta aparece en una representación teatral como el espectador de la cuarta fila. Ante él se representa un drama. Ese drama que es, quizás, el propio drama del espectador. El espectador también representa su drama; desde el papel que previamente se le ha asignado, repite las palabras dictadas. Y fuera de la representación llora y ríe, llora y maldice. Para terminar preguntándose, como siempre:

Señor,
¿por qué nos huyes siempre?

Pero la cuestión sigue sin resolverse. Y en un poema de honda preocupación existencial, el poeta insiste en la necesidad de descubrir la esperanza:

Es necesario saber que estamos vivos,
que sufrimos y odiamos y queremos,
que hay una libertad que nos obliga
a ser responsables con el mundo.

.....
Es preciso ser hombres,
estar sobre la tierra con los ojos abiertos.
Cuando sabemos que ya nada es posible,
que está la tierra, girando por los siglos,
con la sombra pequeña
de nuestra soledad...

Y el poeta se desazona, para ilusionarse al final, en hallar «la última —, la posible razón de nuestra vida».

Séanos permitido señalar un hondo y patético poema, el que, en macabra anticipación, describe la muerte del mismo poeta. Poema hondamente trágico y lleno de esos pequeños detalles de lo cotidiano en que le es grato demorarse a buena parte de la poesía actual: «No diré tampoco: la camisa está sucia, la chaqueta arrugada, esta mañana no me afeité, ni miraré mis libros, ni pasaré mi mano por los muebles para quitar el polvo»... Menudos detalles que se agrandan perdidos y en cuya trivialidad, todos los días repetida, se afirma la base misma de la vida.

Será una tarde igual
a las que yo he vivido,
con las mismas palabras, y la misma tristeza,
y una esperanza absurda que no se alcanza nunca.

Por último, en los poemas agrupados bajo el título «Dios», el poeta, que en los poemas anteriores no ha dejado de interrogarle, dialoga con Dios. Aprovechemos este momento para afirmar que la poesía de Tovar es una poesía religiosa en la más lata acepción del concepto. Inquisitiva, desazonada, exploradora de la esperanza, que tan pronto niega como afirma, toda ella tiende hacia esa búsqueda de lo divino en que se pretende hallar una afirmación trascendente ante las negaciones de la vida. No es, claro está, esa poesía que pretende hablar a Dios a través del patronazgo de las imágenes religiosas. Cuando la tendencia de la liturgia católica actual trata, como es sabido, de hacer más despojado y austero el culto a Dios, limitando en lo posible otras devociones accesorias, no cabe duda que la poesía de Tovar está en el camino justo de la intuición religiosa.

El poeta dialoga con Dios:

... estamos a solas para el diálogo,
tú y yo, Señor, los dos a solas,
y sobra hasta el paisaje,
y me sobran, también, los ojos y los sueños;
la muerte, no, Señor, la muerte sí nos sirve,
la muerte es la palabra para entendernos.

Y hay un ferviente deseo de comunión, de

saber de tu Pan y de tu Sangre,
aunque se rompa el diálogo, Señor,
y me quede solamente con la muerte.

El poeta dialoga con Dios, un Dios que está en la calle, «hundiendo sus pisadas en el barro», entre los gritos, el amor y el odio de los hombres. Camina Dios junto al poeta, sintiendo el golpear de la lluvia, pero sin responder a sus preguntas :

Y el milagro es verte, ahora,
caminando por la calle,
sin tu manto azul,
con el pelo mojado por la lluvia,
como un hombre cualquiera.

Hacia este Dios humanizado, que se hace carne de recuerdo y realidad, vuelca el poeta su amargura, su condición de hombre cuya plegería es una esperanzada pregunta.

Hemos llegado al final del libro. El poeta insiste en su soledad bajo advocación unamuniana a Aldebarán. Estamos al final de una biografía inacabada. Y el libro — todo él autobiográfico — se cerrará con un poema de igual género :

Soy treinta y ocho años
de vida y amargura...

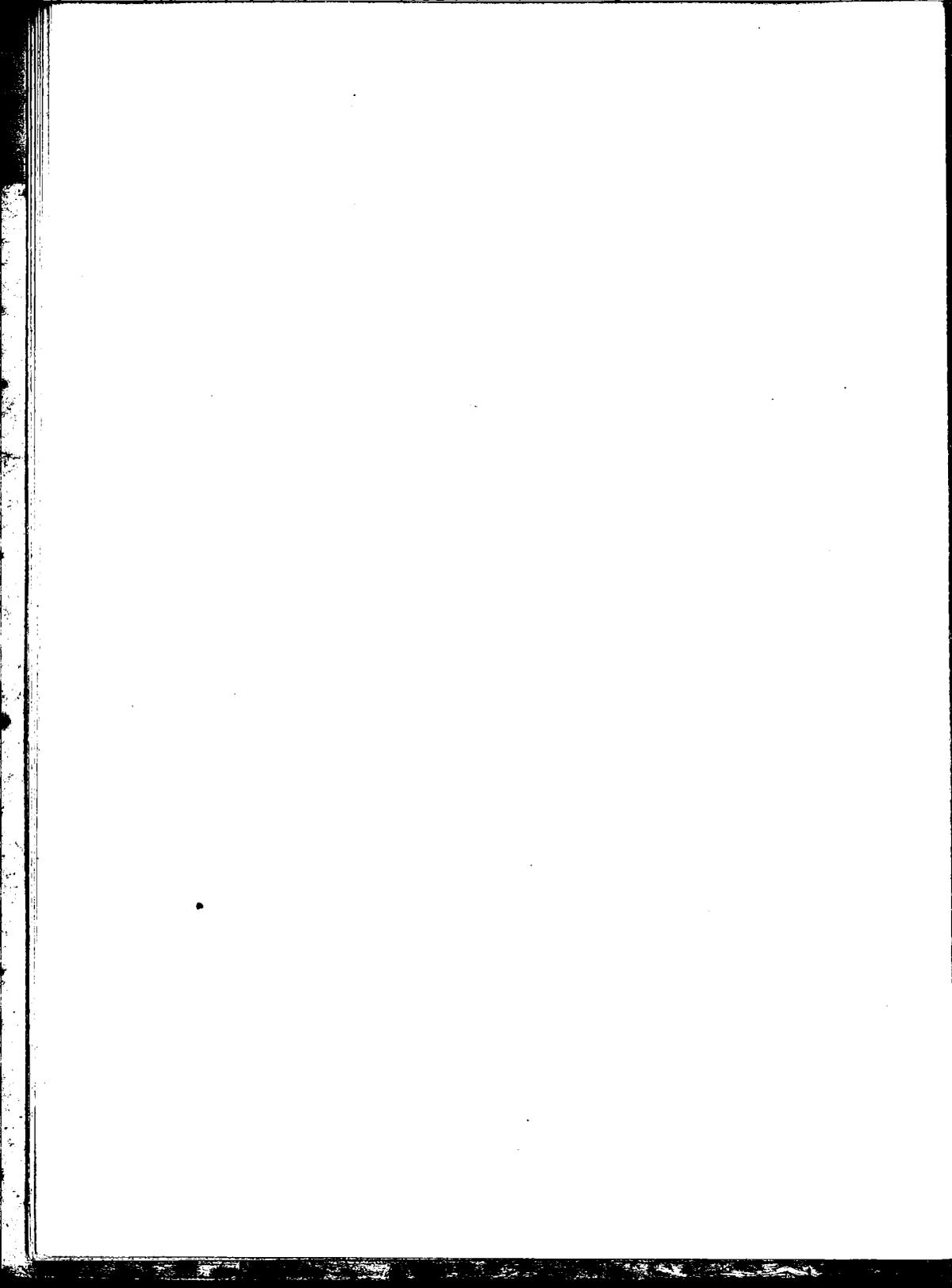
en que el poeta exprime su corazón, sus experiencias, en las más desoladoras conclusiones.

Pensemos que el lector haya prescindido de este prólogo. El lector ha comenzado el libro, acaso, bebiendo del agua de la poesía de Tovar. El lector no ha querido desperdiciar su tiempo — el tiempo siempre apresurado del lector de hoy — atendiendo a las consideraciones de este otro lector. El lector ha concluido el libro y ha quedado pensativo y triste. La poesía le ha hecho vibrar con el creador, le ha hecho sentir con él, encontrarse quizá, como él, pobre criatura desamparada, gritando a la noche del alma sus preguntas sin contestación. No sé...

Sólo me gustaría decirle al lector — al lector que tal vez ha tenido el buen acierto de no leer mis páginas — que está ante una obra sincera y hermosa. Hoy se suele hablar mucho contra la sinceridad en el arte. No queremos dudar de la posible belleza de lo insincero, ¿pero qué podrá sustituir a ese acompasado latir del corazón del poeta, que sentimos, que estamos sintiendo ritmar con el nuestro?

JOSÉ DOMINGO

Barcelona, marzo de 1961.



I.-CIUDAD

No había nada más que una ciudad
con los colores del hombre,
tierra y carne, sangre y savia.

PAUL ELUARD.

VEO

la calle silenciosa de mis primeros años.
La vieja panadera
que llegaba temprano con el pan aún caliente,
la hierba naciendo en la calzada,
los niños jugando en los portales
y aquel río, entrevisto,
cuando, por el invierno,
el agua discurría, violenta, por su cauce.

Y me veo de niño.

El pantalón muy corto y las piernas pequeñas
para las grandes calles que no terminan nunca.
Quedaba en las esquinas,
en los primeros días de noviembre,
junto a las flores secas,
el viejo que tostaba, sobre el fogón de cock,
las castañas.

La calle nos servía
para todos los sueños.

Y me ví marinero.

Sobre mis hombros iban
galopando los vientos.
Una canción rompía
las luces de la tarde.
La luz se iba subiendo, trepadora del tiempo,
marcando en las paredes
la ruta de un viaje imaginario,
mientras la clase estaba repitiendo, monótona,
la lección del maestro:
«España limita al Norte...».

Los ojos se escapaban
por las ventanas de la clase
y se quedaban, fijos, en los montes cercanos.
Si diciembre llovía,
los cristales tenían el llanto de los niños
y la esperanza trémula
de riachuelos naciendo por las calles.
(Un barco de papel, varado en el pupitre,
esperaba, sin nombre, su bautismo de agua).

La niña de las trenzas jugaba por el parque.
Los niños repetían las canciones de siempre.
Por los oscuros ojos de las puertas abiertas
salían a la calle los ensueños y el miedo.

Veo
la calle silenciosa de mis primeros años,
y todos mis amigos,
y los nombres perdidos que no sonarán ya nunca
y las casas que han muerto.

Y esa calle, que ahora se perdió para siempre,
sin hierba en la calzada,
sin niños que la corran y la llenen de historia,
sin una humilde panadera que llegue,
por la mañana, con el pan aún caliente,
va muriendo en mis sueños,
como muero yo mismo.

En réquiem, por nosotros,
está cantando, ahora, el agua de la lluvia.

SI, ES POSIBLE QUE TODO
vuelva a estar como siempre.
La calle, con los charcos
que le puso el invierno;
la vieja tostadora de castañas,
el chico que vende los periódicos,
y aquella niña, ya mujer,
que nació sin un brazo
y que entonces jugaba y se reía,
y ahora se le llenan los ojos de tristeza.

A la tarde,
son, tal vez, las mismas parejas las que pasan,
algunas ya maduras que conocí de niño,
que hoy arrastran los pies
y hablan de aquellos días en que fueron felices
y recuerdan al hijo que les mató la guerra
o piensan en el nieto que se quedó un día
con los ojos abiertos,
sin ver ya para siempre.

Yo paseo en silencio
y vuelven, en tropel, los recuerdos:
En los días de fiesta, esta calle
se lleñaba de flores,
jugábamos entonces con las nubes,
con el sonido alegre
de las sueltas campanas,
con la niña de las trenzas muy negras
que siempre preguntaba:
—Cuando seas mayor, ¿te acordarás de mi?
Y uno la recuerda, tan niña

pero ya tan mujer,
que siente, como entonces, su mirada.

Quisiera, como ayer, ser niño,
corretear la calle,
ponerle bigote a los faroles
y gritarle a la tarde
una canción cualquiera.
O ser muchacho taciturno
y hablarle a las paredes
y sentir el calor del mediodía
y pensar «cuando sea hombre,
me llenaré de gloria».
«Dejaré que mi cuerpo
lo devoren las iras,
pero yo seré fiel
y no me dolerán las heridas ni el miedo,
no me traicionaré,
ni podrá vencerme la indolencia».

Si, es posible que todo
vuelva a estar como siempre.

PENA DE ESTA TARDE

que se quedó vencida por la lluvia,
y del niño solitario
que juega con su trompo
y no pregunta nada
y sueña, y algunas veces llora,
y les tira piedras a los perros,
y se queda sentado en una esquina
asustados sus ojos por las luces
que llenan de fantasmas las ventanas.

O pena por aquella muchacha
que deja que sus labios se marchiten,
que no ha sentido nunca la caricia
de una mano o una palabra estremecida
y se asusta del viento
o de la brisa loca que la ciñe
y le dobla mansamente su cintura,
y no tienen sus ojos sombras de otros ojos,
ni le quema el aliento de otros labios,
ni dice amor...

Pero el cuerpo se le llena de flores
y le arde en las pupilas el deseo
y se siente contenta porque el agua
es la mano que besa sus mejillas.

Y pena por ese hombre,
por ese hombre triste que camina,
que está vendiendo cada día
sus sueños y su mundo
y no tiene rencor ni grita,
y deja que le venza el desengaño.

Pena, también, por esta calle
donde ahora es la lluvia la que canta
y siente por su carne
el paso de los hombres
y quisiera, acaso, ser camino
o ribera de río
o lindero de bosque.

Sí, pena de esta tarde
que se quedó vencida por la lluvia
y llora el agua en la ventana
y uno dice: «Señor, ¿por qué me abandonaste?»
y le queman los ojos
y se queda muy quieto
y va pensando en ese niño,
en aquella muchacha,
o en el hombre triste que camina
—sin odio ni rencor—
con la tristeza
de ir viviendo tan sólo cada día.

ESTA TARDE, AMIGO,
he llegado al hogar de tu casa
y he visto a tu familia.
Tú partiste el pan,
diste la bendición de la mesa
y mientras tu hijo se inclinaba
y reían los nietos,
te brillaban los ojos azules,
te temblaban las manos.

Luego, nos sentamos
—bajo la parra cuajada de racimos—
a charlar de tu casa:
«Esta —dijiste—
es tierra de mis padres;
entonces llegaba hasta la costa
y los árboles cubrían los linderos
y crecía la hierba
y pastaba el ganado.
Malos años vinieron;
se cortaron los árboles
y se vendió la tierra
y dejaron de nacer los trigales
y la uva se secó en los viñedos.
Jinete fui y recorrí los campos,
los ojos limpios,
sin temor a la noche,
compañero mío un fusil
y un perro que ladraba.
Malos años, amigo,
pero el cuerpo era fuerte
para aguantar el golpe.
Ahora, uno es viejo, el hijo

acrecentó la hacienda;
su vida, el trabajo y los chicos,
y la mujer...».

El hijo, cuarenta años,
ojos azules como el padre;
las manos anchas, la mirada dura,
—¿y el corazón?—, la tierra,
y los árboles que aún quedan,
la viña y los trigales,
los bueyes que rumian mansamente,
y el agua,
el agua en todas partes:
En la nube que viene,
corriendo, también, por las acequias,
o durmiendo en las charcas
los días del invierno.

Cuando me marchaba,
los ojos ya sin brillo, la voz trémula:
«Acaso sea esta la última vez...».
Te vi de pie,
detrás el cielo de septiembre;
en lo alto, sobre nuestras cabezas,
los racimos maduros.
Sí, como un viejo árbol
o como un héroe sencillamente humano
vencido por el tiempo.

Tu hijo, ojos azules, las manos anchas,
mira la nube nueva, la que le trae el agua
y sus labios sonríen
y se hace la mirada más honda.

Y tú, como un árbol,
como un árbol viejo que muere en el camino
sintiéndose vencido o llamado por la tierra.

HE SALIDO A LA CALLE.

Hoy, una mañana cualquiera, como tantas.

Pasa una muchacha y ríe.

«Buenos días», «Buenos días», repito
a una vecina que limpia los cristales,
a un chico que juega con su trompo.

Voy pensando en mis cosas.

Ayer, publiqué algo que no gustó a la gente,
hoy, un día de trabajo
penoso y lento.

Y soy libre en medio de estas horas
que no abren ventanas para el sueño,
que no son, ni serán nunca,
una evasión cobarde,
como tanta hora perdida inutilmente,
buscando la salida del recuerdo,
viviendo entre las ruinas
y repitiendo siempre:
«Buenos días, hola, adiós, buenos días»,
y así cada mañana,
como esos árboles que ignoran
el horizonte ajeno de los bosques
y creen un riachuelo
el asfalto que brilla por el agua reciente
y tan contentos viven
y les nacen las hojas por la primavera.

—Buenos días, buenos días.

—¿Has leído el periódico?, está sobre la mesa.
Has llegado tarde esta mañana.

—Anoche me fue penoso el sueño.

—¿Como ayer?. —Sí, como ayer,
como ayer, hermano, como siempre.

Está aún fresca la tinta del periódico.
Leo lo de todos los días:

Los sucesos, las noticias del mundo,
ese reportaje del puerto,
de la segunda página,
por donde pasan
hombres y buques en silencio.

—Hay una noticia esta mañana.

Quita esa hoja, ¿ves?:

Veintiuno de marzo.

—Sí, hermano, hoy comienza la primavera.

Como el año pasado, el mismo día,
como todos los años,
tan llena de ilusiones...

Pero, hay cansancio en el alma.

La primavera, ese reír de una muchacha
que vimos al pasar;

la vecina que limpia los cristales,

el chico que juega con su trompo,

los «buenos días» de tanta gente

y los árboles, acacias de la calle,

que ignorando jardines se han llenado de flores

y el asfalto que brilla por la mano del agua

y esos números negros:

VEINTIUNO DE MARZO.

GIRAN, LOCOS, LA NORIA Y EL CABALLO.

La bruja pasa su escoba por las trenzas
y sobre las aguas sucias del espejo
—gorra azul, pupilas que no miran—
se escapa, de pronto,
mientras el «tren del miedo» se detiene
y vuelven, otra vez, los niños y los juegos.

Tú corres por caminos de aventuras
—piernas rojas, trenzas de oro pálido—,
fugaz gacela burladora de esquinas,
voz que gritas de lejos:
«Se fue para la guerra
y no sé cuándo vendrá...»

¿Dónde la hora en que los niños fueron
canción, esforzado heroísmo,
recobrando lanzas de las cañas,
luchando con gigantes invisibles,
que huían, a sus golpes, temerosos?

¿Dónde piernas que corren,
países de «cuentas de cristal»,
de barcos, guerreros o elefantes?
¿Dónde, también, zapatos que volaran,
y cascos otras veces galopando
o ruedas que nadie detenía?
¿Dónde aquel niño perdido para siempre?

Había que correr.

Había que huir la calle, el camino de tierra,
y dejarte sola, sonrisa o palabra confundida,
perfume de cacao o de vainilla,

mirando fija, absorta, tristemente,
el agua del estanque donde, roto,
quedó el papel azul o negro,
brillando en él, al sol, el nombre de «Victoria»
(Las canoas quietas en el agua
de aquel Mississipi imaginario:
atrás las sombras de los árboles
y aquel negro --de blanco--
dormido en la ribera
al abrigo del toldo de colores.)

Después, hundido entre las blancas
orillas de otros sueños,
el miedo, la mano que golpea,
y un grito, que recorta la noche,
deja solo a aquel niño,
muerto, por unas horas, hasta el alba.

Amanecer de siempre.
El sol rompe los sueños, hace alegre
la calle, auyenta los fantasmas,
vuelve a poner caminos, países misteriosos,
ríos inmensos, tesoros legendarios,
para aquel niño que despierta
llenos los pensamientos de esperanzas.

Piernas rojas, trenzas de oro pálido,
huída, fugaz gacela, ahora, otra vez aquí:
Que en el dorado sueño de este instante,
casi táctil, viviendo de ti misma,
vuelvas a ser quietud, silencio,
recortada imagen de un espejo,
por donde ayer pasabas y reías
y hoy miras, de frente, tristemente.

II.-EL AMOR



Versos de amor, de luna,
de cólera o de luto.

PABLO NERUDA.

SI, YA NO ES TU TRAJE, NI TUS OJOS,
ni siquiera tu voz;
ahora son las horas sin sentido,
un sentimiento sin espera;
la calle a solas, la calle desde entonces,
obsesiva, trágica en su límite,
donde tu sombra ya no es sombra, donde el aire
dejó el hueco vacío de tu mano
en un adiós de siempre para siempre.

Sí, tampoco es la palabra,
la que tú esperabas, la que acaso
vivía en mi y estaba por decirse,
esa palabra que ya nunca —nunca—
vuelve a ser la palabra repetida,
porque era en tí —tan sólo— donde, aprisionada,
vivía más allá de mi voz o de mis sueños.

Sí, ahora, solamente
el árbol, la luz, la tarde, aquella música,
la niña que cantaba: «Con el aire,
con el aire los sueños...»
Sí, ya pocas cosas; sigue
la tarde igual, la música de siempre.
Es penoso este día, llueve;
llueve desde los sueños, desde el tiempo,
llenándose la tierra, el corazón, de un agua,
de un agua triste y silenciosa.

Sí, cansan los sueños, la ilusión.
Mañana, con la mañana, el aire
será claro otra vez, será la tierra
nuevamente hecha espiga o flor y todo canta;

mañana, la esperanza...
(Estar quieto y sentir que todo está viviendo,
que nada importo yo desde esta quieta
inmovilidad de prisión o de silencio).

Sí, ya no importa tu traje;
negro o rojo es igual; negro tan sólo,
como perdido, rojo como si fuera que se enciende
en llama de pasión... Recuerdo
aquella amiga confidente;
los álamos, la tierra, aquel camino,
todo tan quieto, tan inmóvil
que parece de un tiempo detenido
y dejado ya para el recuerdo.

Sí, ya nada importa que no sea
estar aquí, sabiendo en este instante
qué palabra es precisa;
para seguir al aire, al vuelo de una mano,
a una música lejana y nunca oída.
Para vivir, ahora, es necesario
confiar en la esperanza.

TARDE DE VERANO.

Por el camino el agua va mojando mis ojos,
llenándolos de inviernos,
resucitando el sueño de la paz recobrada.

Nadie quiso, entonces, aprisionar la tarde.
Las flores, en los vasos,
se encendieron de júbilo;
deslumbradores rojos,
labios que no se pintan,
piel suave de muchacha que morirá en la noche,
sin campanas doliendo con su voz por los campos,
sin inútiles frases,
ni recuerdos que llenen de pavor la mirada.

Y, de pronto, en los vasos resucitaba el día;
era de tanto sol que cegaba los ojos,
pero en nuestras palabras lograban las ideas
descubrirnos el mundo,
acercar a las playas los remotos océanos,
traernos los misterios de un oriente lejano.

Después, todo el camino soñaba.
Todo volvía a ser, nuevamente, recuerdos;
ayer, ayer...
Por los muros más altos se asomaban las alas
de aves prisioneras,
y las manos llenaban los huecos del espacio,
modelando del aire
esculturas inmóviles, con nombres que guardaban
resonancias antiguas de formas ya perdidas.
Ya sólo ven los ojos

ventanas por donde el hombre huye;
oníricos misterios, deshabitados campos,
eternizadas flores,
abstracción y preguntas que nadie se contesta.
En la luz del domingo,
un insólito invierno
llenaba con su lluvia los caminos
y era el agua, en el alma,
el agua que sabía resucitar la tierra,
hacer fértil la tierra
recobrando la paz y el brillo de los ojos.

Después la noria se eterniza;
gira loca y no sabe cuándo terminarían sus vueltas:
Mi palabra y la tuya, el sueño,
el arte, los mundos diferentes
en un ciclo perfecto que siempre se eterniza.
El aire despertó. El aire fue poniendo,
otra vez, las cosas en su sitio.
Restituyó al árbol, puso limpio el camino,
recobró, de las sombras, la casa,
la hizo blanca en la noche,
elevó sobre el suelo las flores,
cantó por los tejados...

Y en los ojos, la noche
puso su mano suave, silenciosa, muriendo.

HAS LLEGADO AHORA,
precisamente ahora que ya no te esperaba,
que estaba a punto de marcharme
y has dicho: «¡Hola!».
Te has sentado junto a mí,
has mirado las cosas que me están rodeando
y me has visto tan solo,
tan tristemente solo,
que te has quedado en silencio.

No supe responder a tu saludo
porque tenía muchas cosas que contarte
y dije: «Hace frío, ¿verdad?
La lluvia no es un gozo de ala en los cristales,
ni las aguas resbalan cantando por los ojos».
Y tú solamente respondiste:
«La tierra está nevada desde siempre».

Yo he mirado mi cuarto
y he visto el frío en las paredes,
el agua en las paredes que lloran desde años,
el silencio de los libros cerrados
que ya no son los amigos de antes,
y he querido decirte:
«Te he esperado
desdê cuando sabía la ternura
y la caricia honda del amor
y aún era posible la esperanza;
las quietas tardes del domingo,
y el gozo de los labios que sonríen...»
Y he querido, también, recobrar la palabra,
esa palabra para ti perdida,
sentirme junto a ti ilusionado,

saber contigo y decir:
«Amor, te esperaba,
te esperaba donde mi voz no era ya un grito,
ni mis ojos lloraban;
donde mi sangre era la sangre tuya
y mi aliento tu aliento
y mi pan era el tuyo y mis sueños tus sueños...»

Y tú has llegado, has visto mi soledad
y has dicho: «¡Hola!».
Y he sentido, de pronto, ..
el frío de mi vida, el vacío de todo,
y me he visto cansado,
te he mirado a los ojos, me he perdido por ellos,
y he encontrado, otra vez,
junto a la tibieza honda de tu cuerpo,
mi soledad de hombre.

EL CAMINO ERA SÓLO
la tierra recién vista.

La piel morena, y el gozo de la espiga
el pan de hoy, el horno estaba ardiendo.

¿Qué mano, entonces, lanzó sobre el camino
el trigo nuevo, la roja margarita?

El campo se adentraba
por todos los rincones del silencio;
el campo ya sabía la mano y la caricia;
mis pies, mis sueños, las voces de otras horas,
las acacias, los niños.
Todo el campo irrumpía en mi alma sedienta
y te encontraba allí,
te descubría allí
mientras mis ojos se agrandaban de sorpresa.

Yo no sé ya la hora.
No sabría decirte qué hora paralizó los sueños.
Fue, como si el aire, el cielo o la montaña
tuvieran el secreto de tu alma desnuda,
volcándola al camino,
haciendo en el camino el surco más profundo,
la sementera abierta,
la semilla hecha gozo,
para romper entonces en la tarde más cierta,
como espiga dorada,
como morena piel,
como mujer al fin de todas las esperas.

¿Quién dijo la palabra,
quién descubrió el misterio?

Mañana, cuando vuelvas
será todo el camino las calles de la espera.
Recorreré de nuevo
un mundo inusitado, un mundo donde el aire
tiene el hondo misterio
de tus pupilas verdes.
Donde espere la mano el pan tibio y moreno,
el pan de la amistad, del amor y del sueño.

LO QUE A SOLAS NO FUERA SINO EL SUEÑO,
el silencio del aire, la serena
paz de este campo nuestro, tan inmenso,
que nada mueve al álamo ni al agua;
así, ahora, tan sereno
el pensamiento, la palabra recién dicha,
esta palabra que sirve para el nombre,
para tu nombre en piedra redivivo.

Aquí, tranquila ya. Tan hecha mármol,
norma o quietud. Resbala por tus formas
una luz ya tan nueva que la pátina
se hace rosado abismo, rosado mundo prodigioso,
mujer, al fin,
por mano de hombre conseguida.

Y luego, ¿el dolor, la angustia y las ideas?
Todo se ha remansado entre los diques
—bahía del retorno o del olvido—
para saber el mármol, el corazón que late
al ritmo de esa hora de la tarde,
en que todas las voces
parecen recién dichas.

Nada podrá romper esta armonía.
Nada podrá quebrar el mármol ni las ondas;
espejo el agua, pupila del barranco
navegando por cauces; en las orillas
la tierra se humedece de ternura,
la tierra es tibia piel tan prodigiosa
como las manos de ayer en la caricia.

Aquí, cerca, junto al álamo encendido,

donde serenamente está mi sangre,
latiendo en este tiempo,
soñando en este tiempo en que ahora vivo,
tú, mármol, mujer, arcilla prodigiosa,
tiemblas serenamente, te eternizas.

La tarde quietamente se ha quedado
así en mi corazón, así en mi vida.
Y, arriba, el río, los álamos, los ojos
besados por un rayo del estío.
Tu nombre: el mármol, corazón del tiempo,
agua de la ribera, agua tan limpia
como este pensamiento que me llena,
donde tú, humanamente, te eternizas...

III.-V I D A

... y es el milagro del no ser cumplido,
brinda, poeta, un canto de frontera
a la muerte, al silencio y al olvido.

ANTONIO MACHADO.

ESTA TARDE,
en esta misma tarde me siento como el árbol,
como la tierra ansiosa de agua fresca y nneva.
Buscando va mi piel la caricia del aire,
mis pasos van siguiendo mi muerte silenciosa.

Y no habrá renacer. Es imposible el brote.
La madera esta vieja, reseca por los años,
carcomida de tiempo,
roída por el odio, el amor y el silencio.
Y estoy luchando a solas,
luchando con mi vida,
con la muerte que llena los rincones de espanto,
buscando ser de nuevo
aquel hombre que fui
transido de esperanzas.

Y no soy sino sombra.
Si al menos fuese árbol;
si pudiera ser roca para quedar estático,
para vivir los siglos,
y no sentir el musgo,
el agua de la lluvia o el sol de los estíos...
Y no saberme solo,
y no sentirme a solas con la muerte y el miedo,
y no tener la duda de si muero tan sólo,
de que no seré nada,
mientras lloran mi muerte
la palabra y los rezos.

Esta tarde,
un día veinticuatro de diciembre,
ha empezado el invierno.

Fuera, la gente canta y ríe.
Feliz el niño que nace y feliz los hombres,
y yo estoy pensando, a solas,
ser árbol o ser piedra..
Y deseo ser tierra y sentir en mi cuerpo
la frescura del agua,
la tibieza del aire,
el sol, dorado sol de tarde que se alarga
para una noche de sorpresas..
Y tengo que quedar, porque la muerte borra
mi nombre de los labios,
y se quedan los ojos vacíos de mi mismo,
y la sangre no late,
y tengo miedo y rabia y me duelen los sueños
y no basta mi nombre..
Paz a los hombres y a las cosas, digo,
y quiero ser piedra por los siglos,
hecho burla del tiempo.

HAY QUE PISAR MUY FUERTE;
tenemos que dejar marcado nuestro paso
sobre el barro y la hierba,
sobre los frios cristales de la nieve,
por el mar y en el cielo;
tenemos que ir dejando nuestro paso
por todos los caminos, por todas las mañanas.

Tenemos que dejar una huella profunda;
nuestros pasos de hombres temerosos de muerte,
ansiosos de vivir, orgullosos de vida,
de quedar para siempre;
de que ya nadie pueda ignorar el camino
que un día iniciáramos ignorándolo todo;
hay que tener un hijo y prolongar la sangre,
y dejar nuestros ojos, nuestros sueños, al hijo,
nuestro nombre a ese hijo
que ha comenzado a odiarnos.

Tenemos que ser fuertes;
es necesario serlo
para poder decir las cosas por su nombre,
para que nadie ignore el traje que llevamos,
la idea que nos mueve,
la fe que nos descubre.

Es necesario marchar con ritmo unánime,
sin sentir la piedad de nuestra carne débil,
ignorando el dolor, el sueño o la esperanza;
hay que marchar ignorando la espina,
la flor, la voz nueva del agua,
la tibieza del aire y el gozo de la marcha.
Hay que marchar ya siempre,



marchar hacia el poniente
con un rayo de sol postrero en la mirada.

Hay que escribir el nombre,
escribir nuestro nombre en la piedra y el mármol,
escribirlo profundo,
con nuestra propia sangre
para que ya no pueda quedar en el vacío,
para que nunca pueda ser borrado del todo
por la sal y la lluvia.

Tenemos que quedar.

Es necesario permanecer de pie,
firmes en cada puesto, sin temor a la noche,
sin miedo y sin angustia,
sin prisa y sin espera.

Tenemos que ser santos, mártires o poetas,
para aguantar la muerte,
para vencer la muerte,
para quedar ya siempre sobre el tiempo y la nada.

TE ENGAÑARON, ¿RECUERDAS?

Tú no sabías nada. Estabas solamente
ansioso de ternura,
de palabras que fueran descubriéndote el mundo,
de manos que guiaran tus pasos,
de labios que encontraran tu sonrisa.
Y te nació esta angustia,
esta rabia de todo;
te subió hasta la boca,
te llenó el corazón y las manos vacías,
rebosó en las mañanas, en los días de lluvia,
en los ojos vencidos por lecturas y sueños,
y te encontraste, casi ya sin saberlo,
con el odio, con un rencor amargo
mordiéndote tus pupilas.

Te viste de muchacho.

La calle era muy larga y la piel tibia;
las paredes fingían ser manos que apresaran
tu cuerpo, que encendieran
tu sangre de deseo;
aquel misterio absurdo,
la sensación, de pronto, de descubrirte hombre,
llenó de soledad tus labios y tus ojos.
Y sentiste que, entonces, el agua acariciaba
tu frente enardecida.
La sentiste tan hondo, tan dentro de tu vida,
y el agua era tan joven,
tan amante e ingenua,
que se quedó en tus manos transida de silencios.

Y esta tarde has pasado.

Has pasado sin nombre, solamente buscando

la luz de las paredes,
la solitaria y triste realidad de tus días.
Has pasado otra vez, entonces, las paredes,
los muros de la calle,
los cristales que rompen las luces de la tarde;
te han hundido de nuevo,
te han mostrado, en silencio,
la rabia de tu carne,
esta amarga y absurda condición de tu vida.
Y, entonces, has preguntado,
has mendigado en todo.
Y sin saber ya nada, has sentido la muerte
y una ternura nueva;
ternura de la calle, de los árboles secos,
de las muchachas que pasan cada instante,
de los niños que quedan cantando en los recuerdos,
de las campanas que rompen en tañidos,
de aquel papel que vuela,
del lagarto que se ennegrece al sol,
de una ventana abierta,
de tus zapatos rotos,
de tus manos humildes y tu traje de hombre.

Y, sin saberlo, has descubierto todo,
tu mundo y tu miseria,
tu valor y tu miedo, tu condición de hombre.

SON LAS OCHO. TE HAS MIRADO AL ESPEJO
y te has sorprendido de tu imagen.

El agua es clara;
el perfume del jabón trae evocación
de mañanas frescas, calles recién limpias,
pero tú sientes el sudor
en tu cuerpo, en esas ropas
usadas diariamente.

¿Cuántos años han pasado
desde aquella primera vez
en que te viste hombre en el espejo?
Hoy no puedes decirlo.
Miras atrás y vuelven días tristes,
se repite tu sombra,
te sientes solo
y escuchas, diariamente,
como una cantilena:
«Hijo, ¿estás cansado?
Eres joven aún, los años pasan
y tú eres joven aún...
Es necesario ser felices
porque estamos viviendo...»

Y vuelves al espejo y te retrata.
Luego, marchas al trabajo,
y ves como las horas te llenan de amargura,
sin nada que sorprenda ya tus ojos,
sin ideas para llenar el tiempo,
para engañar al tiempo,
para que aún sea posible la esperanza.

Estás viviendo de recuerdos,
¿fuiste feliz algún momento,
recuerdas si fuiste feliz?
Sí, fue una tarde de agosto.
Llevabas aquel libro que empezaste a escribir
y no acabaste nunca.
Leías muy despacio, en alta voz,
las primeras palabras:
«Mi verso ya no sabe
decirte lo que siento,
está lleno de tardes en que tú no vivías
y ahora, para amarte, tengo que hacerme niño
y aprender, nuevamente, el nombre de las cosas».

¿Por qué ríes ahora?
¿Qué pueden decirte ya estos versos,
qué recuerdos te traen para que calles?
Pero no es posible el recuerdo.
Tienes que darte prisa, es tarde,
son las ocho y el perfume del jabón traía...
No. Son horas de trabajo,
se han cerrado las ventanas
y todo vuelve a estar a oscuras...

La tibieza del aire,
las calles recién limpias, esos niños que cantan...
No, deja de soñar;
son horas de trabajo
y ha empezado un nuevo día.

FUMO. MIENTRAS TRABAJO

estoy huyendo un poco de mí mismo;
miro el papel, asombran
las palabras escritas sin sentido.

Es un día de octubre, caluroso.
Vuelvo a pensar, me digo:
La tarde está encendida de recuerdos,
el pensamiento
ha huído hacia otro octubre en que llovía
y era feliz;
conmigo, una ilusión. Voy paseando,
siento latir mi sangre,
me sé joven y soy feliz
y no me canso de decirlo.

Todo está quieto ahora;
nada mueve mi vida en este instante,
morir es casi una esperanza.
Y anhelo el aire, el rumor de la lluvia,
tus ojos entrevistos;
la tibieza femenina de tu traje,
y las palabras,
siempre las palabras,
recién estrenadas cada instante.

Pero, vuelvo de nuevo
y me sé lleno de amargura;
me pesan las horas,
y estoy aquí, precisamente aquí,
y quiero huir y volver,
¿a qué momento?
Estoy soñando a solas,

viviendo de fantasmas
y hoy es un día de octubre, caluroso,
que pesa sobre el cuerpo
y sobre el alma...

Mañana, como hoy.

Morir es casi una esperanza:
la luz, el aire, esa tristeza
de los objetos, casi humana,
que van formando parte de mi vida
y van llenando de rencor el alma...

Y uno desea huir y no puede
porque se encuentra, de nuevo, la palabra;
y la palabra está llena de dolor;
recuerdo que fué ayer,
el agua, un juego callejero de la infancia.

Pero hoy es octubre, hace calor,
y morir es casi una esperanza.

LO QUE IMPORTA NO ES LA MUERTE;
lo que importa es ir muriendo cada tarde,
alargada la vida por los sueños,
vencida por las horas de café,
por esos hombres tristes que gritan en la noche
su rencor y su miedo;
por una fiebre lenta que deja por las manos,
por la sangre y el alma
un sudor pegajoso;
por todos los recuerdos que nos van derrotando,
haciéndonos más débiles,
más tristes cada día;
amando solamente los ojos que nos miran,
soñando con la gente;
quedando por los hondos paseos del silencio,
con los labios que gritan
todo ese mundo nuestro:
la historia que mentimos,
el amor que ignoramos,
y ese gusto en la boca
de hormigas o de sangre.

Lo que importa no es la muerte;
lo que importa es el miedo, el frío de las luces,
el no sentir ya nunca el perfume del aire,
el quedar para siempre ya olvidado de todos,
sin saber si existimos,
sin no saber ya nada;
sin que grite la piel su condición de hombre,
sin un ansia rebelde.

Lo que importa es ir muriendo poco a poco;

ir muriendo de pie,
sin nadie que acompañe nuestras horas perdidas,
sin nadie que recuerde,
sin nadie que repita nuestro nombre;
sin que, acaso, una voz
musite una plegaria,
mientras estamos muriendo sin saberlo.

Lo que importa, sencillamente ahora,
es morir ignorándolo, morir sin heroísmo,
estar ya muerto, eternamente muerto,
y desear querer, amar profundamente,
para tener, entonces, la certeza absoluta
de que no moriremos,
de que alguien dirá nuestro nombre al vacío,
al silencio y al miedo.

YO SOY

el espectador de la fila cuarta.
Sí, soy ese hombre ignorado,
ese espectador que huye cada tarde
entre las bambalinas y las luces,
entre los gritos de los personajes,
siendo, acaso, en el fondo,
el personaje grotesco de una comedia amable.
Tal vez el mismo hombre
que nos hace llorar o reír desde el tablado:
por eso siempre estoy huyendo,
viviendo con mi personaje
en mi butaca de la fila cuarta.

Quiero ser fiel.

Estoy queriendo ser fiel a mí,
lo digo a solas, lo repito a solas y lo grito.
Estoy representando mi papel,
dejando toda mi rabia y mi rencor, todo mi odio,
en ese papel que represento,
que no me dieron a elegir,
en medio de un paisaje de cartón,
entre unos muebles distintos cada noche
y una flores recién cortadas
que nunca se marchitan...

Estoy representando mi papel,
dejando en la escena mi sangre y mi coraje,
mientras no puedo menos que reír
el mimético personaje del tablado,
que va diciendo muchas cosas mías
que nunca he dicho a nadie,
que va gritando su rencor,

—el nuestro—
en medio del aplauso.

Ese soy yo, lo digo a solas;
lo pienso cada tarde, mientras voy diciendo
palabras que me dictan, paseo y me sonrío.
Voy viviendo entre sueños y luces.
Palabra enamorada para decir mi amor;
para llorar, tristeza;
para esa amargura de los labios,
el hastío... Llorar, reír. Llorar a solas,
maldices y te olvidas, Señor,
¿por qué nos huyes siempre?

Todo vuelve a ser luz, todo ha pasado.
Ficción, sueño. No. Me quedo a solas.
Vuelvo a ser siempre ese ignorado personaje,
a solas con su drama,
desde su fila cuarta de butacas.

PISAS LA TIERRA,
la sientes como siempre
y es otra tierra, ahora, la que hunden tus pasos;
tierra para la muerte y no la flor,
para tu cuerpo a solas,
para tu mundo a solas.

Y es esta la verdad,
la desnuda verdad,
la que te espera a tí también desnudo.
La que no es aquel sueño,
aquella mano tibia,
ese hombre que camina despacio,
en silencio, ignorándose,
borracho, entre las luces,
de odio o de amargura;
paseando las calles,
reflejándose siempre en los ojos que miran,
siendo, acaso, tan sólo una sombra que pasa,
un grito en el vacío,
una pasión inútil.

Y es tierra sin caminos,
sin frondas de laureles o acacias florecidas;
tierra que no ha sentido
la herida del arado, el frío de la nieve,
la espera de la lluvia,
sin pájaros ni ramas;
tierra donde no nace la espiga, tierra sola,
honda tierra,
quemándose en los años, buscándote en los años,
siendo carne de tí y tus desvelos.

Primero, fue tan débil
que manos de alfarero la llenaran de formas,
la pusieron al tiempo,
la tostaron al sol,
la vaciaron acaso en un molde cualquiera,
la sacaron en serie,
le pusieron los ojos para mirar al mundo,
para mirar su mundo, un mundo siempre igual,
y no el tuyo, el que estaba naciendo
desde esa tierra tuya,
que era igual y distinto.

Y, de pronto, te encontraste ya solo
y no sabías nada;
preguntaste qué suerte sería la primera
y ya estaba la palabra para engañar la tierra,
para decirte el cielo, la rosa o la mañana.
Y, entonces, te sentiste tan cansado,
que no hiciste más preguntas.

Y hoy es la tierra la que está a tu lado,
una tierra tan nueva,
que te llenas de miedo y gritas al vacío,
y quedas, como un eco,
golpeando el silencio...

SI ES MUY IMPORTANTE

quitarse el sombrero,
saludar a una señora y decir: «Buenos días»,
llevar bien hecho el nudo de la corbata,
tener las manos limpias
y las uñas cuidadas,
y evitar que se nos mojen los zapatos
con el agua de lluvia.

Si, todo esto, lo confieso,
es bastante importante;
tan importante como preguntarse,
¿qué estoy haciendo, qué hice con mi vida?
Y estar sentado en una silla
y recibir visitas y contestar siempre:
«No puedo, realmente no puedo».
Y no pensar en ese hombre
que lo esperaba todo de nosotros,
—el perdón y el consuelo—
y que ahora nos mira desde lejos
y nos ve pequeños,
y ya no le somos nada más que una voz
que repite mil veces:
«No puedo, realmente no puedo».

Confieso,
digo que es muy importante,
que todo esto es muy importante
y hay que decir siempre:
«Por favor, no sabía, discúlpeme...»
Y el hombre escucha y tiene asco,
asco de tantas cosas importantes,
y rabia de tanto «por favor, perdóneme»...

Y no se quita el sombrero,
ni tiene las manos limpias,
pero no dirá nunca
algo que realmente no sienta,
y buscará al hermano,
y partirá su capa.
Sí, tiene que partir su capa
y no regalar un abrigo viejo que no sirve;
ni quedará nunca satisfecho
de haber partido su capa,
porque él sabe bien
cual es el negocio que le importa.

Sí, es verdad que asombran
tantas cosas importantes:
ayer se hizo una carretera, se levantó una torre,
podemos arribar a otros planetas;
suben las acciones en la bolsa,
se encontró petróleo donde antes
crecía la hierba y los árboles
daban sombra a la tierra.
Y da asco, sí, da asco y rabia,
porque uno se vuelve a todos y piensa,
o pregunta,
¿qué es mi vida?

MIEDO EN LOS OJOS

y nadie dice: «Hermano, te comprendo,
perdono tu miseria,
tu rencor o tu ira,
tus noches desveladas,
y tus labios que injurian y esas manos cobardes
que roban o asesinan,
o tus voces torpes que maldicen».

Y todos viendo y todos tan conformes.

—Jugaré contigo.

—Mañana, iré al fútbol.

—Saldré al campo, la primavera
es hermosa en el campo, nace la flor...

—Tienes los ojos dulces, tu mirada...

—La tarde se hizo para soñar,
para decir tu nombre,
para soñar que tú, amor, eres la esperanza...

Mientras, a solas, alguien dice:

—Tengo miedo, Señor, miedo al recuerdo,
a los árboles negros del camino,
a los labios que injurian, a la sangre que ciega,
y a este maldito tiempo
que me vuelve las manos manchadas con la sangre
de mi rencor, Señor,
con mi tremendo fracaso y con mi culpa.

Y se espera la voz.

Se espera que alguien diga

—porque uno no tuvo el valor de perdonar—:

«No saben qué se hacen,
vivieron para eso,

les hicimos vivir tan sólo para el odio,
para llenar de espanto las esquinas,
para ser una sombra,
algo maldito
que llena de terror la soledad».
Y, entonces, ¿por qué no lo aceptamos,
porqué decimos hay que tener la madera del santo,
y flagelar las carnes,
y dejar la mejilla para la mano
que ha de golpearla,
si no tenemos, de verdad, el corazón del justo?
¿Por qué, si no sabemos perdonar,
si no queremos perdonar en los labios que injurian,
a las manos que roban,
por qué tenemos que engañarnos?

Vivir para ver
y todos tan contentos.
Y el corazón no siente que rebosa
el miedo y se sabe tranquilo,
e ignora y reza cada noche
y da, acaso, una limosna;
una moneda que deja caer sobre una mano,
sin mirar a los ojos, estrechar,
tampoco, aquella mano;
sin decir, queriéndolo: Hermano, te perdono,
para que puedas comprender mi culpa,
para no quedarme, a solas, con mi culpa,
para no hacerme el proceso de mi mismo
y saber, para siempre, que he de condenarme.

DESDE EL SUEÑO, LA TARDE,
el cielo azul y la esperanza.
Desde la realidad, los días siempre iguales,
el cansancio, el hastío, el odio algunas veces,
y nunca la ilusión,
una posible huida,
porqué están, encerrando las horas,
los muros que aprisionan,
y el no saber por qué o para qué estamos todavía,
aún y para siempre, pasando los caminos,
las calles,
poniéndole a los días
una historia pequeña y miserable.

Es necesario, ahora,
descubrir la esperanza.
No sirve el sueño, porque el sueño
es el refugio oscuro de lo estéril;
es necesario saber que estamos vivos,
que sufrimos, odiamos y queremos,
que hay una libertad que nos obliga
a ser responsables con el mundo,
con este mundo nuestro, cotidiano,
y rehuir las palabras que hablan de consuelo.
Es preciso ser hombres,
estar sobre la tierra con los ojos abiertos,
sin engaños posibles,
sin falsas aventuras de cielos y misterios.

Hay que olvidar la espera,
y la flor, y el murmullo del agua;
hay que olvidar, también, las ideas prestadas,
las voces prendidas a los labios,

y no decir ya nunca muerte o sueño;
hay que ser sinceros y decir la verdad,
la triste verdad del desamparo,
y no huir por todos los rincones
en que el recuerdo acecha,
ni pensar «ahora ya es posible».
Cuando sabemos que ya no es posible,
que está la tierra, girando por los siglos,
con la sombra pequeña
de nuestra soledad,
y no hay siquiera donde posar los ojos,
donde asir nuestra vida,
donde dejar la mano prendida y para siempre.
Es así, como, entonces,
es aún posible descubrir la esperanza;
la que mantenga en vilo la existencia,
la que nos grite: «Hermano»;
la que haga compartir el pan, el cansancio y el miedo;
la que nos dé la última,
la posible razón de nuestra vida;
la que nos vuelva al ser
y queden nuestros pasos otra vez por la tierra,
por esta tierra nuestra
de los amigos, las piedras y las aguas
que arrastran, en su sangre, nuestro sueño
en una eternidad que, día a día,
llenará de verdad nuestra esperanza.

•

HAY QUE EMPEZAR DE NUEVO,
tenemos que volver a descubrir al mundo,
a buscar el principio de todos los misterios;
dónde fue primero la semilla,
y barro el hombre;
dónde se separaron las aguas de la tierra
y se llevó la luz a las tinieblas.

Hay que encontrar
otra vez la palabra;
la voz que fue diferenciando;
la que dijo árbol y el árbol elevó sus ramas;
la que dijo agua y descubrió la orilla
segura para el niño y para el ave;
la que nombró cristal lo que era cielo
y se le abrieron los ojos al misterio,
y fue gritando, pidiendo su perdón,
porque dijeron «tuya es la culpa»,
y el castigo será ya por los siglos,
y las aguas salieron de sus cauces,
y el fuego quemó el trigo y la amapola,
y el viento derribó las altas torres.
Y tú, rogaste;
se humillaron tus ideas y tus labios,
y nadie
escuchó tus plegarias,
ni se amainó el viento,
ni volvieron las aguas a sus cauces,
no cesó el fuego
ni hubo piedad o perdón para tu culpa.

Hay que empezar de nuevo;
tiene la mano otra vez que ser mano

y no garra,
y muerte la muerte y llanto el llanto.
Hay que endurecer la piel, volverla a aquel principio
en que fue barro limpio y sin aliento,
tierra mágica, hermética y profunda.

Y el agua
será, entonces, la de todos;
la que calma el labio sediento y la flor leve,
el trigo seco y el paisaje.
Y cuando sea otra vez el hombre
nadie le dirá: «Tuya fue la culpa»,
porque todos matamos cada día,
el niño, el hombre, aquel golpe de brisa,
o el pájaro, o la flor, o la mañana.

Todos tenemos nuestra culpa
sobre esta tierra nacida de las aguas,
tocada por la luz,
girando por los siglos,
ignorando en su marcha el temor de los hombres.

TCDO YA TAN VACIO

que camino despacio por no escuchar mis pasos.
Hay un diálogo roto,
unas voces que mueren en los labios, palabras
que se quedaron perdidas para siempre,
que no diré más nunca
porque hoy ya no tiene sentido el repetir las.

El silencio es ahora,
ese oscuro visitante que llega,
que se sienta a mi lado,
que sabe por qué mundos
de pensamientos ando.
Tan callado lo siento
que, a veces, me rebelo y le grito violento,
o me duele tan hondo
que pasan por mis ojos,
las calles de la infancia,
mis juguetes de niño,
o mis sueños de hombre.

Pienso que es imposible el diálogo,
que es inútil, completamente inútil,
decirle lo que busco,
por que no hay en su mano
un gesto de consuelo, una palabra, en sus labios,
que pudiera alejar esta amargura,
que pudiera decirme:
«Hoy es igual que ayer,
y mañana, una esperanza para llenar los días.»

Me sé ya tan consigo
que es imposible que pueda vivir sin su presencia,



siendo el único que no gasta
su pensamiento en frases sin sentido,
ni le tiemblan las manos,
ni le lloran los ojos,
ni se queda callado,
corriéndole en el alma
una soledad de hombre que no ha muerto.

A veces, es esa visita
que deseo alejar de mi presencia,
y decirle: «Hasta mañana, amigo»,
y cerrar la puerta a sus espaldas,
y sentarme de nuevo, y coger aquel libro
que se quedó cerrado cuando llegara a verme,
y volver por sus páginas,
y saber que todo es ya posible como antes.

Pero él sigue aquí.
Si moviera mi mano, le podría tocar, le sentiría
la piel fría de soledad y angustia;
el mover de una silla,
una hoja de papel que se cae
vencida por el viento,
unos pasos que no son ya los míos,
unas palabras que acaso yo dijera...
Ese, sería él... Siempre sería él:
Quien llena el vacío oscuro de mi casa,
el que me aleja ahora,
el que me vuelve luego,
él que me mira fijo y siento que sus ojos,
—que son mis ojos casi—, están mirando el cielo,
un cielo
que asusta con su grito vacío.

NO IMPORTA QUE SEA LA MAÑANA
una sorpresa constante cada día.
Estoy viviendo aquí, sobre esta tierra,
aislado como un sueño,
sin nada que llegue a sorprenderme,
sin preguntas absurdas
y, acaso, también, sin ilusiones.

Es mejor así. Así todo es más claro.
No hay engaños, nunca podrá haberlos.
Sé decir las cosas por su nombre
y no me queda siquiera una ventana
abierta a la esperanza.
Es así como me siento fuerte,
como venzo las horas,
como me sé más fuerte que los años,
y no tiemblan mis manos,
ni se llenan mis ojos de miedo,
ni grito por gritar mi desaliento.

Alguien dirá: «Hay una honda sorpresa,
un gozo, una ilusión cada mañana».
Y la mañana, siempre es igual,
siempre es la misma,
con el rigor de los sucesos
que se multiplican por los siglos.

Qué importa el aire azul, la mano tibia,
la flor abierta, el niño que sonríe,
la mirada triste de una muchacha
o las palabras que suenan
como si fueran dichas por una vez tan sólo.

Hay que tener el temple
del acero que no se quiebra nunca.
Y soportar los golpes y no sentir
el dolor y no dejar llorar los ojos
y esperar, esperar con los pies firmes,
alta la frente,
y las manos sin odio y sin rencor los labios.

Sé que otros han ganado.
En este juego, alguien hizo trampa.
Y se le debe dejar
que se alegre con su triunfo de tatur
y no decir jamás: «Amigo, en este juego,
se te ha visto el engaño».

No debemos envidiar
al que gana siendo diestro en el juego,
ni tender las manos pidiendo compasión,
ni dejar que la voz nos traicione,
ni rogar nunca piedad,
ni sentirnos humillados.

Hay que saber que nada vale.
Es necesario decirlo, es preciso gritar que nada vale,
para que no nos sorprenda el desencanto,
y tener el temple del acero
que recibe, sin quebrarse, cualquier golpe,
y no elevar nunca los ojos
pidiendo compasión.

•
Sí, sé que es difícil saber renunciar
cuando tantos han ganado en este juego.

ESE DÍA

no será necesario cambiar el rumbo de las cosas.
Nadie se extrañará,
ni se hablará en voz baja.
Irán los hombres al trabajo, como todos los días,
y los niños que marchan a la escuela
asombrarán la calle con sus gritos;
nadie les habrá dicho nada
y los pájaros que cruzan por el cielo
no llenarán su mundo con sus alas malditas.

Serán los mismos árboles
y las calles las mismas.
Alguien dirá: «Es tarde y ya no te esperaba».
«Estoy cansado, abuela...»
«Duerme, es hora de que duermas, la fiebre...»
«Soy feliz, como jamás lo he sido...»
«Yo quiero ese globo de colores,
yo aquella muñeca azul...»
Pero yo no oiré nada,
ni cambiaré de traje,
ni quitaré el polvo a los zapatos,
ni lloraré siquiera,
ni pensaré que es tarde para ir al trabajo
y no diré tampoco: «La camisa está sucia,
la chaqueta arrugada, esta mañana
no me afeité ni me limpié los dientes,
tengo la misma soledad de siempre
y las mismas palabras y el rencor...»
La tristeza, está afuera, en los ojos,
sobre esos ojos muertos que se han quedado abiertos.

Acaso por la radio
se dirá la noticia.
Si alguien dice algo, no lo sabré yo nunca.
Y quisiera saberlo,
quisiera saber cómo soy yo en ese instante,
en ese momento más claro de mi vida,
para saber cómo fui de verdad
y no encontrarme a solas
sin posibles respuestas.

La puerta de mi casa
no cerraré ese instante.
Ni miraré mis libros,
ni pasaré la mano por los muebles
para quitar el polvo.
Gente extraña, que yo apenas conozco,
que no saludo nunca,
fumarán frente a mí y mirarán mis ojos
y, acaso, dirán algo, y me estarán hablando,
pero mis labios mudos no podrán responderles.

Esa tarde
no será necesario cambiar el rumbo de las cosas.
Será una tarde igual
a las que yo he vivido,
con las mismas palabras, y la misma tristeza
y una esperanza absurda que no se alcanza nunca.

Tal vez alguien gritará a mi paso.
Y un niño, que sueña en la ventana,
verá su globo de colores,
mientras yo nada sé
y me hunde el silencio.

AHORA QUE TE HAS MUERTO,
sencillamente muerto,
sin que la tarde apague sus rojos de crepúsculo,
sin que el aire te cante,
sin que la casa tenga
aquel sueño de ti, aquellas horas llenas
de ti y de tus sueños,
tus libros y tu mesa.
Esa mesa vacía de tu pan y tu mano,
esa mesa que sabe de tus sueños perdidos,
donde fueras poniendo el pago de tus días,
los sueños de tus días,
pagados a jornal, robados a ti mismo...

Yo no sé si recuerdas, por los días de lluvia,
esos paseos húmedos por donde te perdías
buscando la paz y la esperanza,
una esperanza honda, desnuda de mañanas,
que nunca te alcanzara.

Qué triste eras entonces.
La primavera estaba en los ojos azules
de todas las miradas que encontraban tus pasos
y tú no lo sabías. No lo supiste nunca.
No supiste siquiera que eras hombre tan sólo,
no miraste a lo hondo de la carne hecha goce;
te perdías lejano por todos los recuerdos,
esos recuerdos grises de páginas de libros,
esos silencios hechos de todos los cobardes.
Te sentías tan triste,
que estaban ya tus ojos hecha muerte temprana.

Solamente tu casa nos decía tu vida.

La cortina de seda que cubría las luces
de aquella calle estrecha,
donde fuiste feliz de niño y donde acaso
dejaste por los cielos un gozo de cometas.

Nunca hubo en tus labios la palabra de odio,
ni te ganaron nunca las ideas de lucha,
ni te cercaron nunca, ni supiste siquiera
qué alba naciendo, en esos hombres,
que odiaban tus recuerdos.
Pero hubo heroísmo en tu muerte sencilla.
No te sentiste solo, desnudo de plegarias;
no envidiaste la rosa que nacía en la mano
de aquellos hombres nuevos que buscaban ser libres.
Te sabías tan lleno de ti
que un día te apagaste silencioso y sin nombre.

LEVEMENTE, LAS SOMBRAS Y EL RECUERDO,
el alero rojizo, la ventana y la espera.
Y la mano, aquella mano triste,
cansada de trabajo, que se quedó vencida
sin el pelo rizado del niño de otro tiempo,
que jugaba a sus pies mientras ella cosía.

Y la voz, para decir muy bajo:
Es travieso, a veces se le llenan los ojos
de lágrimas y se queda muy quieto
y le llamo: Mi niño...

¿Dónde aquellos pasos guardados desde chico,
los que abrían las puertas sin llamar y **encontraban**
los hermanos jugando, el piso humedecido
oliendo intensamente a jabón y a lejía?

Si pasaban vecinas, se quedaban un rato
charlando: Es muy listo —decían—,
cuando marcha al colegio, ¡qué de libros, **señora!**
(Los libros ya no son nada más que vacío,
la voz que no responde.
las mañanas perdidas...)

—Hoy, porque es domingo, te pondrás
el traje nuevo y las camisa blanca...
No bebas, por favor, eres muy niño
y el vino hace canallas a los hombres,

El paseo se llena de ojos verdes
y la voz se hace alta;
—Digo que tiene el cuerpo muy bien hecho,
y se dice para asustar un poco,

para asombrar los ojos,
para sentirse hombres.

—Flores, te traeré flores.

La muchacha ponía en su voz la nostalgia.

la tarde recordaba las palabras de entonces:

—Y me nació una flor de soledad en el alma.

Estaba, el corazón cansado

y los labios huían de palabras amables,

de decir: Muchas gracias, espero...

—Ponga una copa.

Hay que beber, beber hasta que duelan

las palabras de nuevo

y se sepa que no queda la mano,

ni los ojos, ni el traje, ni las flores.

—Amigo, amargan los recuerdos.

Azul, para una ilusión.

—Tienes la piel suave y tu palabra

recuerda otra voz y sabe porqué

te perdiste aquel día.

—Deja, dame un cigarrillo, por favor.

Quedan tan sólo el humo del tabaco,

la copa, confusas las ideas

y esa soledad por donde huyen

los recuerdos, el sueño y la esperanza.

IV.-DIOS

Como enlutados, silenciosamente os plañís
y en vuestro dolor sabiamente os desolais,
¿Acaso os acordais, como yo de los días que
/pasaron?

HAYYIM NAHMÁN BIALIK

SEÑOR, TÚ ME PUSISTE

la sangre por mis venas, el sueño por mis ojos,
y la muerte, Señor, que me acompaña,
que ronda por mis labios y mis manos.

Y están viendo mis ojos,
y me persigue el sueño, y hay cansancio, Señor,
y todo va perdiéndose
mientras hablo y digo: Buenos días,
amor, paz, canción, o solamente amigos.

Por el camino suben
el polvo de la tierra, mis pasos y las sombras.
Hay árboles y pájaros y flores,
frescor de agua,
cielo, nube y sol;
pero el sol quema en la frente
y pone sequedad de hastío por mis labios,
y el agua ya no sirve para colmar mi sed,
ni preciso la sombra,
ni deseo la flor
que alegre la oscuridad de mi solapa,
porque estamos a solas para el diálogo,
tú y yo, Señor, los dos a solas,
y sobra hasta el paisaje,
y me sobran, también, los ojos y los sueños;
la muerte, no, Señor, la muerte sí nos sirve,
la muerte es la palabra para entendernos todos.

¿Por qué, Señor, así, tan descarnada,
más clara que las aguas,
más honda que la mar,
con más eternidad que las estrellas?

Sobre la tierra queda.
Prendiéndose en los labios que no saben,
que no pueden entender estas palabras,
—las únicas palabras verdaderas—
y se engañan solamente de esperanzas,
y dicen prados verdes, arrulladoras aguas,
cielos azules, vaguedad de estío...
¿Por qué, Señor, así, con tantas cosas
que ocurren cada día?
Me falta llegar hasta tu verbo,
y saber de tu Pan y de tu Sangre,
y ser niño y temerle a las espigas
guardadas por los brazos de un fantasma
que ahuyenta los pájaros del miedo;
y, entonces, ver cómo granan los trigales,
cómo nace el pan blanco
amasado con el fervor y la esperanza,
aunque se rompa el diálogo, Señor,
y me quede solamente con la muerte.

—BUENAS NOCHES, SEÑOR,
¿qué buscas en las sombras,
entre las calles, paseando a solas,
hundiendo tus pisadas en el barro,
escuchando los gritos de estos hombres,
el odio de estos hombres
que no vienen a verte?

No hay plegarias, Señor.
Es la amargura, la que mueve mis labios.
Recuerdo tu manto azul, tus ojos me miraban
y no sé ya decir: Tus ojos me están viendo,
tus oídos me escuchan, es tu mano
la que siento en mi frente,
y escucho tus palabras aunque no estés hablando.

Pero, Señor, ahora es ya distinto.
La palabra es la mía y no tiene respuesta,
la oración
se olvidó de mis labios;
el pensamiento..., otros días:
Tu manto azul, yo era niño,
jugaban las primeras sonrisas.
Tú estabas allí, Tú bien lo sabes,
¿o es posible que ya no lo recuerdes?,
escondido en los libros,
encerrado en aquella medalla
ganada en el colegio,
y yo te nombraba cada hora:
Señor, deseo ser feliz,
ansío pocas cosas:
Los espejos del agua, el aire,
la mañana, la ilusión de vivir,

el aro de colores...
Tan pocas cosas, Señor, he deseado...

Y Tú caminas, ahora, junto a mí;
sientes como yo el agua que hiere los cristales
y golpea la piedra,
están mojadas tus sandalias,
descansas como yo,
¿y qué buscas, Señor, entre estas gentes?
No sé ya el camino;
estoy como aquel día,
con el mismo grito
que rompía mi voz, que me dejaba
los ojos para ver mi propio miedo,
buscándote en la luz y entre las sombras,
y te llamaba, Señor, y no me oías,
¿o era, acaso, ya tarde?

No escuchas mis palabras;
sabes que ahora podríamos hablarnos como hombres,
quiero ser justo
y sin embargo no sé decirte lo que siento,
lo que he de reprocharte,
y lo que hay de rencor,
o de tristeza o pena en mis palabras...

Pero aún guardo la medalla del colegio
y el milagro es verte, ahora,
caminando por la calle,
• sin tu manto azul,
con el pelo mojado por el agua,
como un hombre cualquiera...

LA PALMA Y EL OLIVO.

Señor, ¿dónde dejaste aquel niño de entonces?
Arriba Tú, en lo alto,
y yo, abajo, mirándote perdido,
sangrando mis sueños de tu sangre,
y escondiendo mi miedo entre los hombres
que llenaban de rezos la mañana.

Solo otra vez, Señor.

El diálogo: «Tú eres el pan y el vino»,
quedó roto en mi vida.

Calles de niño vuelven con tus pasos,
mujeres enlutadas

y las palmas doradas por los días,
hechas recuerdo y pena de la infancia.

Y el borriquillo aquél

—arrancado de una Jerusalén de chico solitario—

madrugador de plazas y caminos,

con sus cestas de pan,

con la vieja panadera de entonces,

que casi, por hacerse silencio del silencio,

no gritaba, como en otros días,

su mercancía a voces.

¿Dónde, Señor, su cielo?

Yo te recuerdo ahora.

Estabas con el llanto, con el morado triste

de tu cetro de pena,

y el escarnio de una caña en tus manos,

lacerado ya el cuerpo,

sangre sobre tu pecho

y desvelo de sombras sobre mis ojos niños.

Caíste una vez. Se levantaba el viento,
llovían sobre la tarde la carraca y el agua,
repetías las eternas palabras:

«Padre, ¿por qué me abandonaste?»

Yo no entendía nada,

yo miraba a lo alto.

No nacían del cielo las tinieblas,

ni caían los muros,

ni los muertos gritaban

saliendo de sus tumbas,

ni se abrían las calles,

ni la piedra perdía su peso y su silencio.

Yo esperaba el momento,

el instante supremo;

la voz tuya desgarrando los mundos,

las tres cruces, los soldados romanos,

el llanto de María,

y el sudario y el miedo.

La palma y el olivo.

Aquel niño de entonces tiene los ojos ciegos

y el corazón le sangra.

Solo, lejano, vas pasando las calles.

Señor de la tristeza:

otro niño te mira,

y hay en sus ojos nuevos la misma pena honda,

de aquel niño de entonces...

DOLIA EL GOLPEAR DE LA CARRACA,
la iglesia a oscuras,
el silencio y las flores, la voz negra,
gritando en las tinieblas,
la llama que ardía y se apagaba,
y la voz, la voz siempre, que lejos
—dentro— repetía:
—Perdónales...
Cuando estés en el reino de tu Padre...

Oía a abril la calle
y el cielo a primavera.
F iban solos los pasos
en una procesión alucinante.
Alguien cantaba y no tenía rostro,
y pasaban serios los soldados,
y los guardias, entonces, no miraban;
las beatas derramaban sus voces
y eran como una lluvia de agua
que todo lo mojara.
Yo era niño y el corazón tenía
un sueño de tesoros en la calle,
un baile de peonzas y de trompos,
de cometas azules por los aires.
—Niño, cállate.
Y el niño miraba con asombro
los claveles, las mantillas negras,
el pelo negro —también—
de María Magdalena,
y las andas de plata,
y los ángeles sonriendo,
y el dolor y la sangre en el costado



de un Cristo, alto y triste,
que llenaba de terror la calle.

La palma fue otro día,
un Domingo de Ramos.
Rizada quedó una,
la pusimos
en la cabecera de la cama
y allí se fue muriendo, sola,
sin nadie ya que la cambiara.
Y dolía el golpear de la carraca,
el perfume, la oscuridad y la voz,
la voz que desgarraba las tinieblas,
que rompía los muros,
que llenaba de cenizas la mirada,
la voz que iba diciendo por los años:
—Señor, ¿por qué me abandonaste?
—Cuando estés en el reino de tu Padre
acuérdate de mí...

Pasaban los soldados silenciosos
y el niño los miraba.
—Niño, cállate.

La calle ya no era, como entonces,
larga para unos juegos de la infancia.

ESTA MAÑANA

seguí tus pasos... Otra tierra
sirvió para mi ruta y otros cielos
subieron por mis ojos... Caí una vez,
¿quién puso el dolor sobre mis hombros?

Tuve sed. Mis labios secos
buscaron la frescura de la fuente,
y no pude beber, cerrábase a mi paso
el camino guardado por soldados,
con brillo de machetes, con los rostros
cruzados por la risa, gritaban:
No, por aquí no;
por este camino te está vedado el paso...

Pedí la mano compañera,
pedí a gritos
—mordiéndome mi hombría y la tristeza—
la compasión al hombre, la pena por su llanto,
y había sólo burla, escarnio,
en la mirada piadosa de la gente;
tuve en mi mano, como Él, por cetro,
por símbolo, una caña,
¿dónde el reino del Hombre, dónde acaso
la paz y la hermandad para los hombres?
Los chiquillos, desde lejos, coreaban:
Te conozco, yo sí que te conozco...

Todo era luz. Sobre las casas,
sobre el pelo, por entre los rosales;
luz para cegar los ojos,
para hacerme caer una y mil veces,

luz dorada
por la morena piel de todas las torturas.

Y se clavó en mi pecho.
Sentí la sangre, la sangre que manchaba
el pecho, la camisa, aquella mano,
¿quién puso su mano, quién dijo:
Si está muerto...?

Luego, las sombras.
Y el llanto y los gritos
y los pasos... Los pasos que se acercan,
que huyen, que corren por el miedo,
o se detienen de cansancio.
Y las sombras, y la voz,
la voz desvelada por la pena:
¿Por qué, Señor, por qué,
me has abandonado...?

Solo ya otra vez.
A solas con mi sangre, con mis sueños,
con mis labios que gritan, con la rabia,
con el rencor... Señor,
¿es éste el camino que buscabas?

V.-FINAL

Siempre solo, perdido en lo infinito,
Aldebarán,
perdido en la infinita muchedumbre
de solitarios...
sin hermandad?

M. UNAMUNO

SOY TREINTA Y OCHO AÑOS

de vida y amargura.

Un nombre, para que alguien pueda
llamarme si le place;

dos ojos que han mirado mucho
y se van apagando en sus ventanas
de cansancio o de miedo:

empañadas ventanas de tardes y de sueños
por donde voy saliendo,

evadiéndome siempre de ese hombre que soy,
de ese hombre que he sido desde que fui muchacho,
ignorando las huellas que marcaron mis pasos,
el camino cruzado,

ese solo camino que no andaré ya más.

Dos manos, para traer el pan,
para partir el pan con los amigos.

Dos manos que he vendido,
tan vendidas que no puedo recobrarlas,
porque las tengo perdidas desde siempre.

Dos manos que supieron
la piel tibia del deseo, el pecho que palpita,
el largo pelo, los labios que callaron,
la caricia perdida,
y el hueco ya vacío de otra mano esperada.

Y un corazón. Ciento diez pulsaciones,
un corazón que siento ya en la frente,
sobre la tela de la almohada,
en la piel de los sueños,
en las noches perdidas

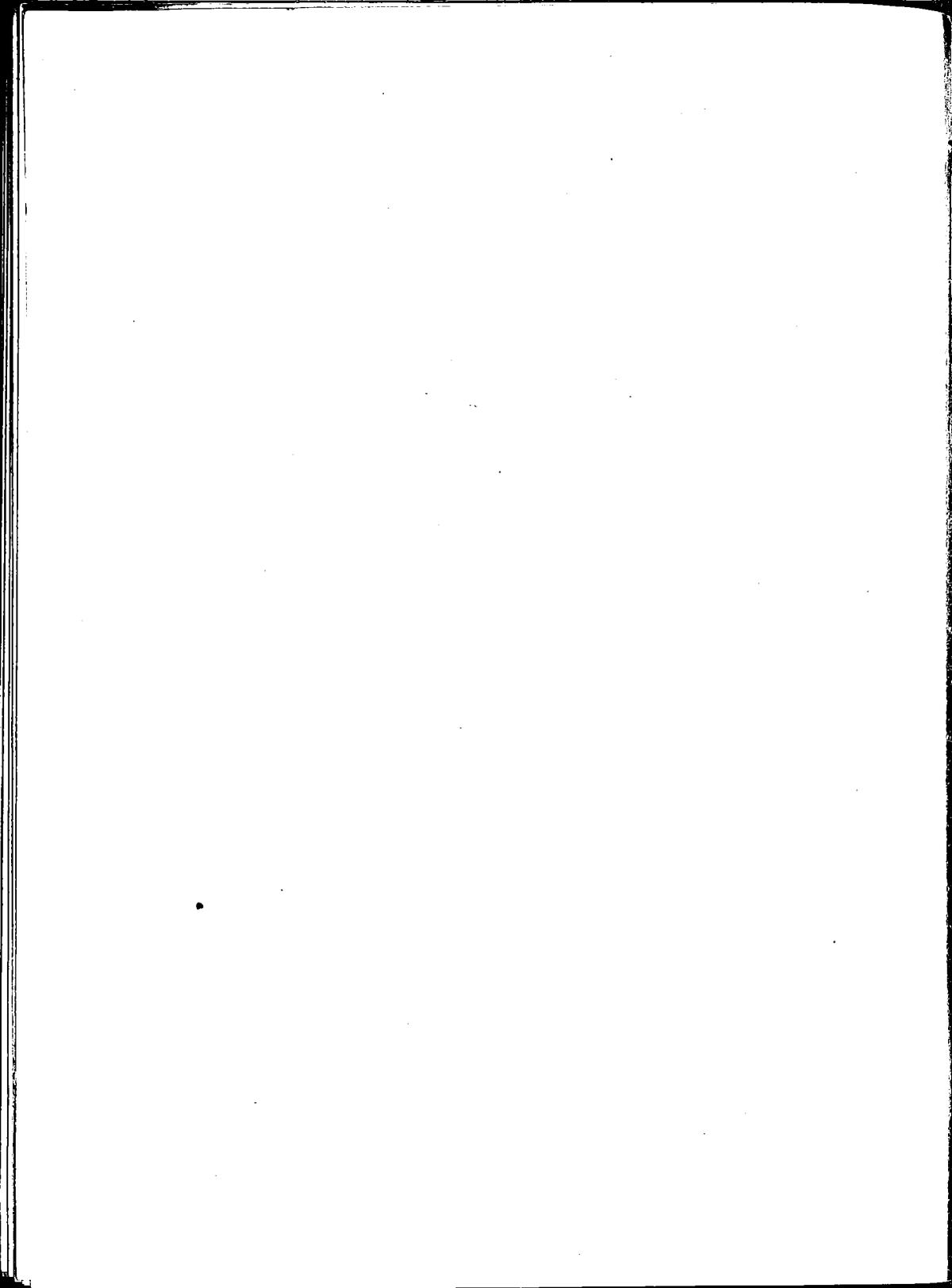
cuando suena, gritando,
por todos los rincones de mi cuarto.

¡Ah!, y una historia.
Una absurda historia sin ventura,
sin capitanes heroicos ni rosas;
una historia que comienza una mañana:
24 de mayo del año 22.
Sí, puede usted decirlo,
soy de una generación sin esperanzas,
una generación que se encontró
las puertas ya cerradas
y el rencor en la calle,
y no tuvo un arma para guardar la noche,
para sentirse vivir con heroísmo.
Y por eso tenemos que ser claros
y no engañar al día, ni silenciar la noche,
ni soñar con jardines del otoño,
ni ir muriendo en los ojos
de pálidas muchachas que sonrien.

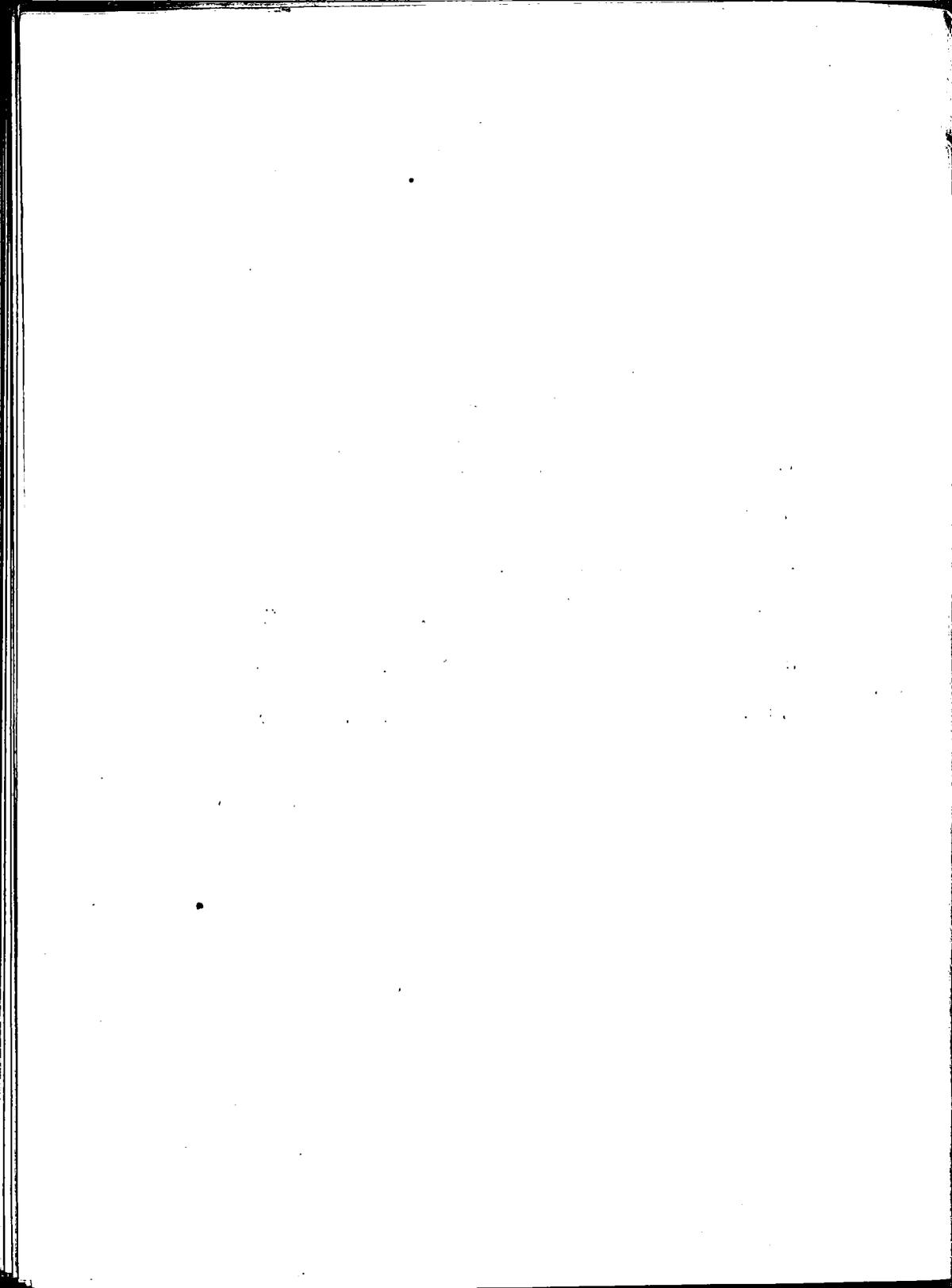
Soy, al fin, unas cifras.
Unas cifras oscuras de hemograma
que hablan claro y saben
cuando terminará ya todo,
y quedará mi vida en una fecha.

Y arriba, un cielo azul,
un cielo del invierno que termina.
Yo soy ese hombre que acabará una tarde,
encerrado en la esquila de un periódico
sin asombrar los ojos de algún lector curioso.

INDICE



PRÓLOGO	9
CIUDAD	21
AMOR.	35
VIDA	47
DIOS	83
FINAL.	95



ESTE LIBRO, «HOMBRE SOLO», SE ACABÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA VEINTICUATRO DE
ENERO DE MIL NOVECIENTOS SESENTA Y DOS
EN LOS TALLERES DE LA LITOGRAFÍA
RUEDA, TENERIFE, Y ES EL VOLUMEN
CUARTO DE LA COLECCIÓN «RETAMA»
DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS.

